repito, aceptar esa herencia, y permítame que no entre en mas explicaciones, porque tendría yo que ser severo con la memoria de alguno á quien debo respetar.

Diciendo así, Gabriel tomó papel y pluma y se disponía á continuar copiando las piezas señaladas por Rosales en el expediente del concurso de Aguero y Urdaneche.

—Es inútil que Vd. continúe en ese trabajo, dijo Don Gerónimo secamente, y permaneció en silencio durante un momento. En seguida puso delante de Gabriel unos tres pliegos de papel sellado y el borrador de un alegato, y le dijo que pusiera en limpio aquel escrito.

Cuando se retiró Bermúdez del trabajo, Don Gerónimo se puso á pasearse por el gabinete, y decía hablando consigo mismo :

— Es imposible hacer carrera con este mozo. No hay para qué me empeñe yo mucho tampoco en la liquidación del concurso, si después ha de resultar con que no acepta la herencia de Don Juan de Montejo, como no quiere admitir la de Pedrera. Mi primo es un ganso, no hay remedio ; y á menos que reflexione y cambie de resolución, tendré que despedirlo. Yo no necesito escribiente que gane cuarenta pesos ; pues por quince ó diez y seis encontraré otro. Si lo acomodé fué para ir encaminando las cosas de modo que me tocaran seis ú ocho mil pesos de los cincuenta ó sesenta que podría producirle la liquidación del concurso ; pero su terquedad echa á perder la combinación. Esta gente que se llama honrada suele ser muy tonta. El tal Gabriel no me parece hijo de su padre... Pero, ¿ y si reflexiona y muda de parecer? Es necesario evitar á toda costa que el fisco se trague esos caudales... Eso sí que no ; por ningún pienso. Voy á ver al albacea de Pedrera, que no es tan insensato como mi pariente.

Don Gerónimo tomó la capa y el sombrero y se echó á la calle.

Entretanto tenía lugar entre Doña Catalina y Gabriel una

conversación de que debemos dar cuenta á nuestros lectores.

— Hijo, decía la señora, anoche he hablado largamente con Rosalía.

— ¿ Y qué dice, madre ? preguntó Gabriel con inquietud. ¿ Está dispuesta á perdonarme ?

— No se muestra ofendida contigo, contestó Doña Catalina ; pero dice que no debe ni quiere reanudar unas relaciones que ni á ti ni á ella les conviene mantener.

— Es decir que me ha olvidado, que ya no me ama, exclamó Gabriel con abatimiento.

— He ahí, dijo la señora, lo que yo no creo. Rosalía te ama aún más que antes, si es posible ; pero, la verdad, te considera versátil y teme. No está segura de que estés completamente curado del amor á Matilde de los Monteros. Calcula, según he podido percibirlo, que van á abrirse de nuevo para ti las casas que te había cerrado el descubrimiento de tu origen ; ve que has ganado en la opinión con la conducta que observaste con Pedrera y tiembla, aunque no lo dice, de que volviendo á encontrarte con aquella joven, renazca una pasión que cree mal extinguida.

— Asegúrele Vd., madre, dijo Gabriel, que Matilde de los Monteros me es tan indiferente, como una pintura ; que mi corazón es incapaz de conservar rencor ; pero que no olvido tampoco los agravios. Entre esa mujer y yo hay un abismo que nada podrá llenar. Mi único anhelo es ya vivir tranquilamente al lado de Vd. y de Rosalía. Somos pobres ; pero mi trabajo podrá bastar para los tres. Ruégele Vd. que deseche esas malas ideas y que me permita verla.

Después de aquella conversación, Doña Catalina, que tenía el más vivo deseo de que la hija del maestro de armas fuese esposa de su hijo, volvió á hablar á Rosalía, repitiéndole palabra por palabra lo que aquél le había dicho. La pobre joven quería perdonar y perdonó ; amaba al que había sido

ingrato con ella, y lo acogió otra vez, cuando la buscó arrepentido y apasionado como antes. Viéronse en casa del maestro de armas, en presencia de Doña Catalina y renovaron aquellos juramentos que había hecho el oscuro cadete y olvidado el brillante capitán con culpable ligereza. Gabriel era ya otra cosa. El infortunio le había dado lecciones harto severas, y podía decirse que en poco tiempo había vivido años. Convinieron en que Rosalía participaría al capitán Matamoros su reconciliación con Gabriel, y lo prepararía para cuando éste solicitara formalmente la mano de la joven. Esto no podía verificarse muy pronto. Gabriel necesitaba de contar con algo, y á la verdad, cuarenta pesos que ganaba como escribiente de Rosales y veinte como pedagogo del hijo del oidor, era poco, aun en aquellos tiempos, para mantener una familia. Esperaba Gabriel que se le proporcionaría alguna colocación más ventajosa, y esa era su única esperanza para poder casarse.

Rosalía refirió á Don Feliciano lo que había pasado, y el viejo capitán, que por casualidad estaba en su entero juicio en aquel momento, frunció las cejas y echó tres ó cuatro votos y juramentos de los que acostumbraba.

— ¿ Conque vuelve el capitancito ? dijo, pues no dejaba nunca de dar aquel título á Gabriel. ¿ Conque está convencido ya de que la alianza con los Matamoros de Peñapelada valía más que cualquiera otra ? ¡ Sable y lanza ! Ahora debía yo mandarlo con trompetas destempladas. Si hubiera seguido mi consejo y casádose contigo clandestinamente, nada de lo que ha pasado habría sucedido.

El señor Fernández de Córdoba, sabiendo que era tu marido, no tal que hubiera salido con la pata de gallo de que el mozo no era su hijo. Habría aprobado la elección de Rafael, y dejádole cuanto tenía, y todos viviríamos años hace como en la gloria. Pero dime, niña, ¿ has reflexionado que eso de casarte con el hijo de un ahorcado no es muy honroso para una familia como la nuestra, que tiene muy limpias sus ejecutorias?

— Nuestras ejecutorias, contestó Rosalía riéndose, se perdieron en la ruina de la Antigua, y nadie podrá decir si se han ensuciado ó no porque yo me case con Gabriel Bermúdez. Él no tiene la culpa de ser hijo de quien es. Yo no lo quise antes porque fuera Fernández de Córdoba, ni he de dejar de quererlo ahora porque se llama Bermúdez. Es un joven excelente, que me quiere; su madre es una santa mujer, y esto me basta.

— Y todavía ha de volver, dijo Matamoros, á servir en el Fijo. Dicen que el coronel lo quiere muchísimo y que se hace lenguas de él; como que se atribuye á su influencia el que no lo hayan mandado á presidio á Golfo-dulce por haber ocultado á aquella buena pieza del escribano. En fin, ¡ sable y lanza ! no sabemos lo que el tiempo puede dar de sí. Ahora se asciende pronto. Si fuera como cuando yo servía, en tiempo de Don Matías, eso era otra cosa. Y dime, ¿ cómo anda ese tu Don Miguel en materia de fondos ?

— Gabriel es pobre, contestó Rosalía. No gana ahora más que sesenta duros mensuales; pero es joven, desea trabajar y como no le faltan apoyos, puede obtener alguna buena colocación.

— Vaya con Dios, dijo Don Feliciano ; que venga y cásense cuando puedan.

Dicho esto, el veterano se puso la gorra y tocándose el bolsillo del chaleco, advirtió que aun le quedaban unos seis reales, resto del precio de una saya que había cosido su hija en aquellos días. Salió y fué á celebrar en la fonda más inmediata la reconciliación de su hija con el futuro coronel, pues daba ya por hecho que había de volver al servicio y no parar hasta ponerse los tres galones en las mangas.

Gabriel volvió á frecuentar la casa de Don Feliciano con tanta confianza como antes, sin más diferencia sino que ahora iba regularmente en compañía de su madre. Una noche conversaban los tres, y de una cosa en otra vinieron á hablar de la ejecución del escribano real Don Ramón Martínez de Pedrera.

— ¿ Y sabe Vd., madre, dijo Gabriel, que el pobre Don Ramón tuvo la peregrina idea de hacerme su heredero?

— No lo sabía, contestó Doña Catalina, nunca me lo habías dicho.

— Dí tan poca importancia á la cosa, replicó él, que no volví á pensar en eso.

— ¿ Y qué, preguntó la señora, tan insignificante era lo que dejaba el escribano real?

— No era poco el caudal, dijo Gabriel. Pagadas ciertas mandas y algunos legados, me quedaban unos treinta y dos mil pesos.

— ¡ Treinta y dos mil pesos! exclamó la señora: ¿ y qué hiciste ?

— Decir sencillamente que no debía ni quería aceptar semejante herencia, contestó él; y pienso que Vd. aprobará mi resolución.

Doña Catalina permaneció pensativa durante un momento, y luego dijo :

— Hiciste muy bien ; ese dinero nos habría traído desgracia.

— ¿ Y á quién corresponderá la herencia, preguntó Rosalía, rehusándola Vd. ?

— Al rey, contestó Gabriel. Don Ramón no tenía parientes que pudieran heredarlo.

— Pues yo pienso, dijo Rosalía, que Vd. ha hecho mal en rehusar esa herencia y que debe aceptarla, si aun es tiempo.

Gabriel y Doña Catalina se quedaron estupefactos al escuchar aquellas palabras. Un sentimiento de profundo disgusto se dejó ver en el semblante del joven, que dirigió una mirada inquieta á Rosalía. Doña Catalina para no dejar ver, sin duda, la impresión que le causaba una salida tan inesperada, se levantó, con pretexto de despabilar una vela que ardía en una rinconera.

En aquel momento Rosalía se inclinó hacia Gabriel y le dijo

tres ó cuatro palabras al oído. El joven se dió una palmada en la frente, y exclamó:

— Aun no es tarde, corro á decir al albacea que acepto la herencia de Pedrera.

Doña Catalina fijó los ojos en Rosalía, cuya fisonomía impasible nada le reveló, y en seguida en Gabriel, que desapareció, sin dar otra explicación. La pobre señora quedó abrumada de pena, pues comenzaba á temer que su hijo estaba perdiendo el juicio.

CAPÍTULO XXXVI

El consejo de Rosalía. — La recompensa.

— Vengo á manifestar á Vd., dijo Gabriel al albacea de Don Ramón Martínez de Pedrera, á quien encontró cenando, que he reflexionado y acepto la herencia del escribano real.

El sujeto á quien se dirigieron estas palabras, puso sobre la mesa el tenedor y el cuchillo, se limpió los labios con la servilleta y sonriéndose con malicia contestó:

— De sabios es mudar de consejo. Usted ha caído en la cuenta de que no todos los días se presentan ocasiones de ocultar reos, de que condenen á éstos á la horca y de que le dejen á uno su caudal. ¿Gusta Vd. de cenar?

Dicho esto, prendió un alón de pollo y comenzó á masticarlo muy despacio.

— Gracias, contestó Gabriel con sequedad. Venía yo únicamente á comunicar á Vd. mi resolución.

— ¿No es verdad, joven, dijo el albacea de Pedrera, que hay una enorme diferencia entre estar uno escribiendo de la mañana á la noche, para ganar unos tristes cuarenta pesos, vivir en una pobre casa, mal amueblada, comer escasamente, vestir como Vd. viste ahora y caminar por sus pies, y estar alojado, comido, bebido y vestido como un príncipe y andar arrastrado, pasando el día sin hacer maldita la cosa? Usted ha elegido la mejor parte, y ya veo que no es lo que me figuraba, sino un mozo de talento. Mañana procederemos á los inventarios y muy

pronto estará Vd. en quieta y pacífica posesión de los treinta y dos mil, pudiendo llamarse feliz y vivir como el más pintado. ¡Lástima que á nuestro amigo el escribano no le haya tocado otro tanto más en las ganancias de la compañía! Vengan esos cinco, joven, y pecho al agua; que esta vida otro se la ha de gozar.

Disgustado Gabriel de la charla imprudente y cínica de aquel individuo, se despidió, y al siguiente día se presentó en el escritorio de Rosales, á la hora acostumbrada.

— Estoy resuelto, le dijo, á aceptar la herencia de Pedrera. Anoche estuve á ver al albacea y le comuniqué mi determinación.

No dejó el abogado de extrañar aquel repentino cambio en las disposiciones de Gabriel; pero no pudiendo adivinar la idea que lo motivaba, hubo de atribuirlo, como el albacea, á que el interés había vencido á los escrúpulos.

— Primo, dijo Don Gerónimo, me alegro de que Vd. vea las cosas por donde deben verse. ¿Qué hubiéramos ganado con que el fisco se hiciera dueño de esos bienes? Supongo que en la misma disposición estará Vd. ya para el caso de que logre yo arreglar lo del concurso de Aguero y Urdaneche de modo que vengan á tocar unos cincuenta ó sesenta mil pesos al heredero de Don Juan de Montejo?

— Aceptaría yo esa herencia, contestó Gabriel, como acepto la del escribano; pero Vd. olvida que Don Juan de Montejo no figura absolutamente en el proceso, ni aparece que haya sido él la misma persona que fué ejecutada con el nombre de Juan Bermúdez.

— Eso, replicó el letrado, déjelo Vd. á mi cargo. Yo probaré hasta la evidencia la identidad de ambos sujetos, como también el derecho de Vd. á la herencia, como hijo natural reconocido de Don Juan de Montejo.

— ¿Podría yo obtener, preguntó Gabriel, la causa instruida contra Don Juan y sus cómplices?

— Nada más fácil, respondió Rosales, y dirigiéndose al armario donde tenía sus papeles más interesantes, sacó un voluminoso legajo. La tengo en mi poder, añadió, habiéndola obtenido bajo conocimiento para hacer la defensa de uno de los reos. Aun no la he devuelto, y Vd. puede verla aquí, mientras yo voy á la Audiencia, pues tengo que alegar hoy en estrados.

Un momento después salió Don Gerónimo, y Gabriel se quedó solo, hojeando el abultado proceso. Que no era una simple curiosidad la que lo había movido al querer ver aquella causa, lo habría conocido cualquiera que hubiese advertido que el amanuense del abogado iba haciendo apuntamientos en un pliego de papel, á medida que avanzaba en la lectura del legajo.

Aquel día no se retiró Gabriel del escritorio al dar las doce. Eran las dos de la tarde y trabajaba todavía sobre el proceso, tomando apuntamientos. Á las dos y media que llegó Rosales, había concluído y guardádose en el bolsillo el pliego de apuntes.

— ¿Usted aquí todavía? dijo el abogado. ¿Tanto le interesó la lectura del proceso, que se le han pasado las horas sin advertirlo?

— Me ha interesado más de lo que Vd. cree, primo, contestó Gabriel; he leído toda la causa muy despacio; puede Vd. guardarla, pues no la necesito ya.

— Bien, replicó Rosales. Y á propósito, añadió, acabo de ver al albacea de Pedrera, quien me encarga diga á Vd. que mañana si gusta, puede tomar posesión de la herencia.

— Iré á recibir lo que me corresponda, contestó Gabriel.

— Y supongo que no tendré ya el gusto de ver á Vd. por acá, dijo Rosales; al menos como empleado en mi escritorio.

— Si Vd. me necesita, replicó el joven, y no está descontento de mis servicios, continuaré viniendo como hasta ahora.

Diciendo así, se despidió de Rosales y se retiró.

— ¡Vaya si el niño es codicioso! dijo Don Gerónimo luego

que hubo salido Gabriel. Va á embolsarse treinta y dos mil duros y no suelta el miserable empleo que le proporcioné cuando no tenía que comer. Sea como fuere, me conviene tenerlo cerca. Seguiré pagándole los cuarenta duros; á bien que del mismo cuero han de salir las correas. Por ahora es necesario que me pague mis honorarios por la defensa. Luego veremos lo del concurso.

Al siguiente día recibió Gabriel la cantidad que quedaba libre, pagadas las mandas y legados, para lo cual se destinó el precio de la casa, pues hubo pronto quien diera por ella la suma en que había sido estimada. En seguida tomó Gabriel el pliego de apuntamientos que había hecho con presencia de la causa, los cuales no eran otra cosa sino una nómina de las personas á quienes había robado la cuadrilla de Pie-de-lana, con expresión de las cantidades de que habían sido despojadas. Sobre una basta mesa de pino, medio coja, única que había en la casa, hizo una distribución á prorrata de los treinta y dos mil pesos entre los sujetos que habían sido robados, procediendo en el reparto con la mayor escrupulosidad, y luego que hubo concluído, tomó la capa y el sombrero y fué á buscar á esas personas, ó á sus herederos, pues algunas no existían ya. No fué poco el asombro de aquellos sujetos cuando Gabriel les manifestó que iba á restituirles parte de lo que les había robado la compañía de Pie-de-lana. Tocaban el dinero y no lo creían, tan extraña les parecía la conducta de aquel joven medio destrazado.

En término de tres días concluyó Gabriel la restitución quedándole únicamente la cantidad de seis mil pesos que correspondía al padre de Don Ricardo de Bustamante, el joven á quien ahorcaron y robaron Don Juan de Montejo y el escribano Pedrera. Depositó la suma en una casa de comercio respetable y escribió al padre de Bustamante que podía girar por ella. Cuando hubo hecho la última devolución, regresó á su casa, donde estaban reunidas Doña Catalina y Rosalía. Sacó un legajo

de recibos en que constaban los pagos hechos, y poniéndolos en manos de su madre le dijo :

— He dispuesto de los treinta y dos mil pesos de la herencia de Pedrera, conforme al consejo de Rosalía. Aquí tiene Vd. las constancias.

Doña Catalina recorrió con bastante inquietud algunos de los recibos, en todos los cuales constaba que Don Gabriel Bermúdez había hecho aquellas restituciones espontáneamente. Doña Catalina, cuyos ojos se inundaron de lágrimas, estrechó á Gabriel y á Rosalía contra su seno, y durante un rato no pudo pronunciar una palabra, dominada como estaba por la emoción. Gabriel y Rosalía permanecían serenos y sonreían, como si hubieran ejecutado la acción más sencilla del mundo.

— Quedamos tan pobres como estábamos hace cuatro días, dijo Gabriel riéndose.

— Se equivoca Vd., contestó Rosalía. Las buenas acciones son cantidades en giro, y algún día nos será devuelto el capital con sus premios.

La noticia del destino que dió Gabriel á la herencia de Pedrera estalló en la ciudad como una bomba. El sentimiento público, la idea de las masas, que rarísima vez se extravía, aplaudió el hecho sin reserva. No faltó, sin embargo, quien opinara de otro modo. El albacea del escribano, y el licenciado Rosales se encontraron en la calle y entablaron el siguiente diálogo :

— ¿ Qué le parece á Vd., dijo Don Gerónimo, lo que ha hecho Bermúdez ?

— Pero ¿ es cierto lo que se cuenta ? preguntó el albacea. ¿ Es verdad que la cantidad que le entregué ha pasado íntegra á las personas á quienes había robado la cuadrilla de Pie-de-lana ?

— Tan cierto, replicó Rosales, como que ni Vd. ni yo lo habríamos hecho. He hablado con Berroterán, que ha recibido mil quinientos pesos y con cinco ó seis más á quienes han tocado diversas cantidades en el reparto. El hombre no se ha reser-

vado un cuartillo y no sé qué hará para pagarme mis honorarios por la defensa.

El albacea sacó una caja de plata en que llevaba rapé, le dió dos golpecitos sobre la tapa, tomó una regular cantidad de tabaco y rellenándose las narices, dijo:

— Que hay tontos en este mundo, amigo Don Gerónimo, cosa es que no admite duda. El trabajo está en dar con ellos.

El albacea se despidió y Rosales dió la vuelta, diciendo entre dientes:

— Para lo del concurso me dejo descuartizar, si no hago antes un pacto de iguala con ese manirroto, que no tiene la la menor idea del valor del dinero.

Al fin de la cuadra donde tuvo lugar el diálogo que acabamos de transcribir, conversaba Cristóbal de Oñate con uno de sus amigotes, y comentaban el hecho que andaba en todas las bocas.

— ¿Ha visto Vd., decía el amigo de Oñate, un lance más ridículo? ¿Creerá ese tonto que con lo que ha hecho olvidarán que es hijo de un ladrón y le darán por mujer á la hija de Espinosa?

— Primero es que yo crea lo de las restituciones, respondió Don Cristóbal. Lo que ha hecho es pagar á unos dos ó tres, para que suene, y se ha quedado con la mayor parte de la herencia. Sé muy bien que en una casa de comercio ha puesto á usura seis mil pesos, y he hablado con una docena de personas á quienes robó la cuadrilla de Pie-de-lana y no les ha dado un clavo. Desengáñese Vd. mi amigo y desengañe á cuantos pueda del error en que están respecto á ese hipócrita.

— Pero él, replicó el otro, dicen que sigue viviendo muy pobremente.

— Por llevar adelante la farsa. ¿Querría Vd. que de la noche á la mañana echara coche?

— Pero continúa como escribiente con cuarenta pesos en el escritorio de Rosales, y dando lecciones al hijo del oidor González, que le paga veinte.

— Sí, por ahora ; ya verá Vd. cómo dentro de pocos días deja todo eso y vuelven los lujos y el despilfarro como cuando era oficial del Fijo. No, amigo, no hay que dejarse embaucar : diga Vd. á todo el mundo, como yo lo hago, que no hay tales restituciones, que todo es farsa y que el Don Gabrielito se ha embolsado la plata del escribano, á pesar de que le consta que es robada.

Oñate y su amigo salieron publicando, el uno por el norte y el otro por el sur que Gabriel Bermúdez era un hipócrita y que lo de las devoluciones era una comedia. No faltaron otros que hicieran igual declaratoria por el oriente y por el ocaso ; así fué que la especie circuló por los cuatro vientos, y se esparció en seguida por los otros veintiocho de la rosa náutica. Aquel rumor calumnioso llegó, naturalmente, á oídos de Gabriel ; pero no se tomó el trabajo de desmentirlo. Bastábale con el testimonio de su propia conciencia y con que las personas cuya opinión estimaba en más hicieran plena justicia á la rectitud de su procedimiento.

El coronel comandante del Fijo le envió á decir lacónicamente que se había conducido como hombre de honor. El Doctor González le abrió los brazos el primer día que fué á dar la lección al chico, después de verificadas las restituciones y le dijo :

— Don Gabriel, he estimado á Vd. desde que lo conocí ; ahora le ofrezco mi amistad.

Hervias estrechó la mano á su amigo con efusión y exclamó :

— Hermano mío, estoy orgulloso de ti.

No pudo continuar, pues la emoción le anudaba la garganta.

Aquellos testimonios de aprobación habrían bastado á Gabriel. Pero además, la gran mayoría del público le hacía justicia. Rosales que tenía esperanzas mejor fundadas cada día de arreglar los asuntos del concurso de la casa de Aguero y Urdaneche de modo que pudiera corresponder un regular

tanto por ciento á los acreedores, propuso á Gabriel que le diera ocho mil pesos en caso de que fuera el cincuenta por ciento ó pasara de esa proporción; y seis mil, si excediendo de cuarenta, llegaba á cincuenta.

— No tendré inconveniente, contestó Gabriel, siempre que los interesados en las restituciones aprueben de antemano el convenio que Vd. me propone. Se lo preguntaré.

Rosales se encogió de hombros, considerando que la probidad de su señor primo rayaba en quijotesca; pero tuvo que someterse á la condición puesta por Gabriel. Habló éste á los interesados, que aceptaron el partido con la mejor voluntad y Gabriel firmó la obligación condicional á favor del licenciado.

Manejó éste las cosas con tal habilidad y desplegó tanta diligencia en el cobro de lo que debían á la casa en las provincias, en el Perú y en Cádiz, que al fin pudo hacerse la liquidación del concurso, distribuyéndose un cuarenta y cinco por ciento entre los acreedores. Correspondió á Don Juan de Montejo una suma que pasaba de cincuenta mil pesos.

Rosales emprendió entonces probar la identidad de éste y del llamado Pie-de-lana, lo que no le fué muy difícil, mediante las declaraciones de los que ejecutaron la captura en la huerta de la casa del escribano real; y las autoridades, sabiendo el destino que iba á darse á aquellos fondos, no pretendieron que se sostuviera la ficción del viaje de Montejo. Establecido aquel punto era más sencillo aún probar el reconocimiento de Gabriel, pues constaba á toda la ciudad. No pudo tampoco reservarse ya el nombre de la madre de Gabriel, pues pasando de boca en boca la noticia de que era hijo de Doña Catalina de Urdaneche, vino á saberse que ésta vivía y que no era otra que la que había sido juzgada con el apellido de Robles.

Don Gerónimo Rosales recibió los ocho mil pesos ofrecidos, y viendo que Gabriel quedaba tan destituído de recursos como antes, no tuvo valor para despedirlo del escritorio. La ciudad se hacía lenguas de su buen comportamiento, y los pa-

dres lo señalaban á sus hijos como un modelo de virtud y de desprendimiento.

Él sufría, sin embargo; una tristeza interior lo devoraba y esparcía un velo sombrío sobre el rostro del pobre joven. Amaba cada día más á Rosalía, y veía cada vez más lejano el día en que podría unirse á ella. Las economías que había podido hacer eran insignificantes y no se le ocultaba que tendrían que pasar muchos años antes de que pudiese contar con una cantidad muy módica, como producto de sus ahorros.

Un día, abrumado bajo el peso de estas tristes reflexiones se paseaba Gabriel en la salita de su casa, mientras Doña Catalina y Rosalía se afanaban en concluir un traje que habían encargado á la joven para una fiesta. La moza que servía á Doña Catalina entró con una carta y la puso en manos de Gabriel, á quien iba dirigida. Era un billete muy atento del jefe de una de las casas de comercio más respetables de la ciudad, en que suplicaba á Don Gabriel Bermúdez tuviese la bondad de acercarse á su escritorio, para comunicarle un asunto de mucho interés.

Acudió Gabriel inmediatamente y fué recibido con particulares atenciones por los dependientes de la casa. Introducido en el gabinete del principal, le dijo éste :

— Caballero, me he tomado la libertad de llamar á Vd. á mi escritorio para comunicarle una noticia por la cual lo felicito muy sinceramente. ¿ No es cierto que la señora Doña Catalina de Urdaneche vive?

— Sí, señor, contestó Gabriel; es mi madre, y no tengo inconveniente en decirlo, pues no es ya un secreto para nadie.

— Muy bien, replicó el negociante, y añadió : acabo de recibir instrucciones de mi corresponsal de Sevilla para entregar á la señora veinticinco mil pesos.

— ¿ Y con qué motivo? preguntó Gabriel.

— Ha muerto, dijo el jefe de la casa, un caballero anciano, muy rico, tío carnal de Doña Catalina, dejando consignado en

su testamento que se entregase esa suma á su sobrina, si es que vive, ó á sus herederos, caso de que haya muerto y los tuviere. El albacea ha depositado los veinticinco mil pesos en la casa de nuestro corresponsal, con encargo de averiguar si vive la señora, ó alguno que la represente. Como es público ya que Doña Catalina existe, repito que la suma está á sus órdenes.

Gabriel no volvía en sí de la sorpresa que le causaba aquella noticia. De donde no hubiera podido imaginarlo siquiera le venía una fortuna, que podía recibir sin escrúpulo. Agradeció el aviso al negociante y volviendo á su casa, participó la buena nueva á Doña Catalina y á Rosalía, que estaban juntas, como sucedía frecuentemente.

— Bendito sea Dios, hijo mío, exclamó la señora. Ahora podré morir tranquila.

— Usted ve, dijo Rosalía á Gabriel sonriendo, que ha prestado á un pagador muy cumplido, y que una acción buena suele tardar muy poco en obtener su recompensa.

CAPÍTULO XXXVII

Una aventura extraña.

Luego que Doña Catalina de Urdaneche recibió el legado del tío de Sevilla, no pensó ya sino en que su hijo se proporcionara una ocupación independiente y en que se verificara su matrimonio con Rosalía. Lo primero se obtuvo pronto, teniendo Gabriel oportunidad de adquirir por un precio moderado, una *labor* á poca distancia de la capital, donde había algún ganado y una regular plantación de caña de azúcar, con su correspondiente trapiche, movido por una corriente de agua. Para lo segundo dió Gabriel los pasos necesarios y todo estuvo allanado pronto. Doña Catalina, Rosalía y Gabriel disponían trasladar su residencia á la finca, á donde llevarían al capitán Matamoros y á los hermanos de Rosalía. La felicidad parecía sonreir á aquellos tres seres, con quienes se había mostrado antes tan huraña.

La elección de Gabriel era generalmente aprobada; pues la fama de las virtudes de Rosalía había pasado del estrecho círculo de las personas que la conocían y esparcídose por la ciudad. La paciencia con que sufría las impertinencias de su padre, el maternal desvelo con que cuidaba de sus hermanos pequeños y aun la dignidad y resignación con que había sobrellevado la deslealtad de su novio, (que se supo por las vecinas), todo se le tomaba en cuenta, como sucede de ordinario

en los lances supremos de la vida de la mujer : el matrimonio y la muerte.

El oidor González, no pudiendo apadrinar personalmente al que había sido preceptor de su niño, á causa de la prohibición contenida en la ley 48, título 16, libro 2º, de la recopilación de Indias, ofreció espontáneamente á Gabriel que lo haría su hijo el capitán. Paquita le perdonó el chasco que le había dado resultando con no ser bandido ni cosa que lo pareciera; sino un hombre de bien á carta cabal, y quiso ser madrina; ofertas que fueron aceptadas con agradecimiento.

Fijado el día en que debía tener lugar la boda, la víspera, como á las seis de la tarde, se ocupaba Rosalía en algunos preparativos para la ceremonia. Don Feliciano, Antonio y la niña hermana de aquélla andaban haciendo algunas compras. Llamaron á la puerta; fué Rosalía á abrir y se encontró con una mujer anciana y temblorosa, que mostraba estar muy afligida.

— Tengo una hija, dijo la vieja, joven como de la edad de Vd., que está en punto de muerte. Somos solas, no hay quien me ayude á asistirla, ni aun á quien dejar un momento con ella mientras voy en busca de un sacerdote. Sé que Vd. es buena y caritativa; ¿quiere tener la bondad de hacer mis veces por un cuarto de hora á la cabecera de la enferma mientras yo voy á traer el cura?

— Estoy sola, contestó Rosalía, mi padre y mis hermanos deben volver pronto y extrañarán el no encontrarme.

— Vivo cerca de aquí, replicó la anciana; por el amor de Dios, no se niegue Vd., pues mi hija se va á morir sin confesión. Cuando su señor padre venga, ya Vd. estará de vuelta, pues es cosa de un cuarto de hora y no más.

Rosalía vaciló aún; pero pudo más su natural bondad; y tomando un pañolón, dijo á la vieja :

— Vamos; pero no podré estar fuera de casa más que quince minutos. Procure Vd., pues, volver pronto con el padre.

Echaron á andar. La casa no estaba tan cercana como había dicho la vieja. Empujó ésta la puerta, y pasando un estrecho zaguán, atravesaron un corredor. Abrió otra puerta que daba á una habitación, y dijo la anciana :

— Aqui está la enferma, hágame Vd. favor de entrar y acompañarla, mientras yo voy por el cura.

Entró Rosalía y se dirigió á una cama cuyas cortinas estaban caídas. Entretanto advirtió con alguna alarma que su conductora echaba llave por fuera á la puerta ; pero luego imaginó que quizá aquello sería efecto del aturdimiento en que la tenía la grave enfermedad de su hija.

Levantó Rosalía la cortina del pabellón y vió una mujer joven, pálida y extenuada ; pero al parecer no por una enfermedad aguda, sino por efecto de una vida desarreglada. Estaba echada en la cama; pero vestida. Cuando la hija del maestro de armas alzó la cortina y vió con sorpresa á la joven, fijó ésta en Rosalía sus ojos negros, que dos profundas ojeras y la extenuación cadavérica del rostro hacían parecer extraordinariamente grandes, é incorporándose con un movimiento brusco, exclamó :

— ¿Conque Vd. es la que quiere arrebatarme á Gabriel?

Petrificada quedó la pobre Rosalía al escuchar aquellas palabras y al examinar á la que las pronunciaba. Estaba vestida con el traje de las mujeres del pueblo. Su negra y abundante cabellera, que daba indicios de no haber sido peinada en algunos días, caía sobre sus espaldas, destrenzada. Se conocía que la joven había sido hermosa ; pero el vicio, al clavar su garra en aquella naturaleza poco vigorosa, había dejado marcada su huella en todas las facciones. La voz era ronca y cavernosa, como si saliese de pulmones horadados por la tisis. Á las palabras que pronunció la desconocida siguió una carcajada, que tenía algo de feroz ó de lúgubre, que hizo la impresión más desagradable en Rosalía. No sabía ésta qué contestar á lo que acababa de oír. Entonces la otra saltó de la

cama con más ligereza que la que podía esperarse de su visible aniquilamiento, y encarándose con la hija del maestro de armas, le gritó, asiéndola fuertemente por una de las muñecas:

— ¿Usted es la que quiere arrebatarme á Gabriel? Pues sepa Vd. que yo no soy mujer que me deje quitar á mi amante. No lo volverá Vd. á ver. ¿No sabe Vd. que el hijo del ahorcado sólo puede casarse con la nieta de la emplumada?

— ¿Qué significa esto? dijo Rosalía, como hablando consigo misma; me han traído á ver una loca.

— ¡Loca! ¡loca! gritó Manuelita, (pues ya habrán conocido nuestros lectores que ella era la supuesta agonizante,) así nos llaman Vds. las hipócritas. Usted verá que estoy muy en mi juicio y que sé vengarme de las pícaras que roban hombres.

Diciendo así, se dirigió á una puerta que daba á otra pieza y salió, dejando á Rosalía en la mayor confusión. No sabía cómo explicarse lo que decía aquella mujer, que llamaba suyo á Gabriel, y aunque el corazón leal de la joven se rehusaba á dar cabida á una sospecha ofensiva, no dejaba de mortificarla, lo que acababa de escuchar. Afligíala por otra parte la idea de que se hallaba encerrada en aquella casa, sin poder comunicar á su padre y al mismo Gabriel lo que pasaba, y considerando cuánta habría de ser la pena de éstos y la de Doña Catalina al ver que había desaparecido. Comprendía que había caído en una red tendida por algún infame, y resolvió esperar el resultado de aquel extraordinario suceso.

Entretanto Don Feliciano y sus hijos habían vuelto á su casa y no encontrando á Rosalía, no se alarmaron, suponiendo que habría ido á ver á Doña Catalina y que volvería pronto. Pero advirtiendo que se hacía tarde y que no regresaba, mandó el capitán á Antonio á casa de Gabriel. Puede consirarse el desagrado de éste y de la señora al oír que Rosalía no estaba en su casa. Inmediatamente se dirigieron á la del maestro de armas, y oyendo que al volver de las tiendas,

poco después de las seis, no habían encontrado á Rosalía, comenzó Gabriel á concebir serios temores de alguna desgracia. No sabía qué hacer, ni qué partido tomar. Preguntar en las vecindades, buscarla por la ciudad, habría sido dar lugar á comentarios poco favorables. Resolvieron, pues, aguardar, seguros de que sólo alguna casualidad inexplicable haría que la joven estuviese tan tarde fuera de casa.

Aquella infeliz gente estuvo contando las horas con la mayor inquietud. Por último, al dar las doce, Gabriel no fué ya dueño de contenerse y se lanzó á la calle como un loco, sin saber á dónde dirigirse. Doña Catalina abrumada por la pena, se puso á rezar; los niños lloraban y llamaban á gritos á su hermana, y el capitán acudió á su acostumbrado recurso en las alegrías y en las penas de la vida.

Á las seis de la mañana volvió Gabriel, pálido, desencajado más por la pena que por la vigilia. Había recorrido la ciudad en todas direcciones, sin encontrar el menor indicio de la joven. Hacía ya dos horas que aguardaban el cura, los padrinos y testigos, que habían sido citados para las cuatro. Con mano convulsiva trazó unas pocas líneas en un papel, suplicando al hijo del doctor González que lo excusara; pero que un inconveniente imprevisto lo obligaba á retardar la boda. Escribió en el mismo sentido al párroco y á los testigos y envió los billetes con la muchacha que los servía.

Hecho esto, volvió á salir y se dirigió á casa de su amigo Hervias, única persona á quien se atrevía á confiar lo sucedido. Con asombro oyó el joven capitán la relación de Gabriel; y en el acto salieron juntos á ver si la casualidad les proporcionaba algún indicio de lo que podría haber sido de Rosalía, antes de ocurrir á la autoridad, lo que no quería hacer Gabriel sino en el último caso. Nada vieron, nada oyeron que pudiera sacarlos de aquella penosa ansiedad. Más de una vez seguramente pasaron delante de la casa donde se encontraba secuestrada la joven, muy distantes de imaginar que tenían

tan cerca al objeto de su anhelo. Á las seis de la tarde volvieron ambos á casa de Gabriel, con la desesperación pintada en el semblante. Gabriel, medio deshecho de fatiga y abrumado de aflicción, se dejó caer en el sofá, sin pronunciar una sola palabra. Hervias dijo á su amigo que era ya indispensable dar parte á la autoridad, y que si Gabriel no lo disponía de otro modo, iría á ver á los alcaldes ordinarios y al mayor de Plaza, á fin de que se dictasen algunas providencias. Ambos creían firmemente que Rosalía había sido víctima de un rapto. ¿ Pero quién podía haberlo ejecutado? He allí lo que no acertaban á imaginar.

Salió Hervias á practicar aquellas diligencias, y dijo que probablemente no volvería pronto, pues se proponía acompañar al mayor de Plaza en las investigaciones que se harían seguramente para averiguar el paradero de Rosalía. Gabriel no contestó una palabra. El dolor lo tenía completamente abatido.

Media hora después de haber salido Hervias llamaron á la puerta con precipitación, y habiendo acudido la criada, una mujer desconocida le presentó un billete, recomendándole lo entregase inmediatamente á Don Gabriel. Hízolo así. Lo abrió éste con mano convulsiva y leyó lo siguiente:

" Si Vd. quiere encontrar lo que ha perdido, acuda esta misma noche, á las doce en punto, á la última casa de la banda derecha de la penúltima cuadra que conduce á la pila de la Habana. Vea por el postigo de la ventana, que estará entreabierto. No diga Vd. nada á nadie."

Gabriel guardó aquel billete y comenzó á pasearse por la salita de su casa, contando las horas en la más violenta agitación.

Mientras llega la que estaba indicada en aquel anónimo, debemos decir lo que había ocurrido á Rosalía desde el momento en que la dejamos sola en el cuarto de donde acababa de salir Manuelita la Tatuana. Como á las nueve de la noche

volvió á aparecer la vieja, que entró por la puerta que daba á la pieza inmediata, permaneciendo cerrada la del corredor.

— Usted me ha engañado, dijo Rosalía ; me ha dicho que venía á acompañar á una enferma, y me ha puesto en presencia de una loca, ó algo peor. Ábrame Vd. la puerta, pues tiempo hace que debía yo estar en mi casa.

La vieja Tatuana contestó con una carcajada, temblorosa como su voz, y dijo :

— No, palomita ; Vd. ha caído en una trampa de donde no se sale sin pagar rescate.

— Pues diga Vd. pronto lo que debo dar por recobrar mi libertad, y al llegar á mi casa, recibirá lo que quiera. Pero ábrame esa puerta y concluyamos.

— Si no se trata, replicó la vieja, de que Vd. ó su novio dé un cuarto ; el rescate de que le hablo es de otra clase. Usted ha hecho sufrir á mi pobre hija que es celosa como una pantera ; ha caido en nuestras garras, pues no ha faltado una alma caritativa que formara el plan para cogerla, y ahora no se va, hasta que quedemos vengadas. Es tarde y voy á recogerme. Ahí tiene Vd. la cama de mi Manuelita, que dormirá esta noche conmigo en el otro cuarto. Puede descansar en ella, si le acomoda ; y si no, pasar la noche donde está.

Diciendo así, la vieja se marchó, dejando á Rosalía en la mayor aflicción. Como debe considerarse, no quiso hacer uso de la cama y pasó la noche sentada en una silla, entregada á las reflexiones más atormentadoras. Consideraba la pena de Gabriel, de su padre, de sus hermanitos y de Doña Catalina, y al mismo tiempo le roía el corazón la idea, que no podía desechar, de que hubiese algo de cierto en lo que decían aquellas mujeres.

Amaneció el dia siguiente. La vieja entró y presentó á Rosalía pan y chocolate ; pero no tomó más que unos pocos bocados, de que tenía harta necesidad y unos tragos de agua.

— Esta noche, dijo la Tatuana, tenemos bureo. Usted asistirá

y vera lo que es bueno. Coma, para que tenga fuerzas, por si le dan tentaciones, como puede suceder, de tomar parte en la fiesta.

— Por Dios, exclamó Rosalía, á quien aquellas palabras causaron, sin saber bien por qué, un gran temor; por Dios, déjeme Vd. salir. Le ofrezco que la recompensaré, y que ningún perjuicio se le seguirá por lo que ha hecho conmigo.

— Usted se irá mañana, contestó la vieja; pero después que vea un *rumbo* de los nuestros. Eso no lo ven Vds. todos los días. Aguante por hoy, palomita, y mañana podrá volver si quiere, aunque un poco desplumada, á los brazos de su palomo.

La vieja infame se marchó y Rosalía volvió á quedarse sola, pasando así el resto del día.

Entró la noche. Rosalía comenzó á percibir movimiento en el interior de la casa. Llevaron algunas sillas y un sofá desvencijado á la pieza donde estaba. Como á las ocho volvió la vieja, puso unas cuantas botellas de aguardiente y una docena de vasos sobre una mesa. Encendió dos velas y abrió de par en par la puerta que daba á la otra pieza. Pronto comenzaron á entrar varias mujeres de la condición de las de la casa, que veían á Rosalía con curiosidad y se sonreían con malicia. No tardaron en aparecer unos cuantos jóvenes, que parecían ser de clase decente, por sus trajes, y á quienes Rosalía no devolvió el saludo que le hicieron. La infeliz parecía clavada en la silla. No hacia el menor movimiento, ni habría tenido fuerzas para hacerlo, aun cuando hubiera querido.

Apareció Manuelita, vestida con unas enaguas rojas y envuelta en un rebozo del mismo color, que contrastaba con la amarillez de su rostro. Un violín y una guitarra componían la orquesta. Cerraron con llave la puerta de comunicación que daba á la otra pieza, de modo que aun cuando Rosalia hubiera intentado salir, le habría sido imposible.

Entre el grupo de jóvenes caballeros se vió luego un hom-

bre de alguna edad, grueso, vivaracho y cuya fisonomía habría revelado á un observador perspicaz los rasgos inequívocos de una perversión moral llevada hasta el cinismo. Era nuestro antiguo conocido el contador de diezmos Cristóbal de Oñate, promotor y alma de aquella fiesta. Menudearon las libaciones, y el alcohol no tardó en hacer su efecto. Los hombres se tomaban con la parte femenina de la reunión libertades que Rosalía no podía dejar de ver y que le sacaron los colores al rostro. Á las once y media, la atmósfera de la pieza estaba saturada de carbónico, de humo, que despedían los cigarros y de emanaciones alcohólicas. Se oían gritos, carcajadas, palabras obscenas, y dominaba aquella barahunda la voz ronca de la joven Tatuana, que parecía presa de una agitación febril. Pocos minutos antes de las doce, Oñate se acercó á una de las ventanas y entreabrió un postigo. En seguida se puso á un lado, como si quisiera evitar el ser visto desde la calle. Uno de los jóvenes se colocó junto á Rosalía, le dirigió algunas palabras que ésta no escuchó y el individuo pasó el brazo sobre el respaldo de la silla que ocupaba la hija del maestro de armas, de modo que visto á cierta distancia, parecía que lo hacía descansar sobre los hombros de Rosalía.

Dieron las doce. Gabriel estaba delante del postigo. Vió á Rosalía sentada junto á un hombre que le tenía echado el brazo sobre la espalda. No creyó en el testimonio de sus propios ojos ; volvió á fijarlos en aquel grupo y no pudo ya dudar de la espantosa realidad. Era ella, la mujer á quien creía un ángel de pureza y de bondad, la mujer cuyas huellas habría besado, sentada en medio de una orgía y sufriendo la grosera caricia de un hombre !

El postigo se cerró violentamente. Gabriel desenvainó la espada, que llevaba ceñida á la cintura y apoyando la guarnición en el suelo, iba á darse muerte con su propio acero. Pero en aquel momento una mano vigorosa tomó el arma y la retiró, oyéndose al mismo tiempo una voz que exclamaba :

— ¿Qué haces, insensato?

Era Hervias, que habiendo conocido desde cierta distancia á su amigo, se adelantó á una patrulla que lo acompañaba, pudo ver rápidamente lo mismo que vió Gabriel y llegó á tiempo de evitar que éste pusiera fin á su vida. Gabriel sintió que la sangre se le agolpaba á la frente, exhaló un gemido y cayó sin conocimiento en los brazos de su amigo.

CAPÍTULO XXXVIII

Desenlace.

Mientras sucedía en la calle, delante de las ventanas de la casa de la Tatuana, lo que dejamos dicho al fin del capítulo anterior, tenía lugar otra escena en el interior de la casa. Á una señal de Cristóbal de Oñate, los músicos tocaron sus instrumentos con más fuerza, los jóvenes y las mozas levantaron la voz, hablando todos á la vez en confusa gritería, y la vieja Tatuana, para aumentar la barahunda, hacía chocar unas con otras las botellas vacías. El vértigo estaba en el más alto grado de paroxismo. Rosalía clavada en su sitio, había tomado el partido de cerrar los ojos para no ver aquella escena infernal. Pronto tuvo que abrirlos, pues sintió que la tiraban fuertemente por un brazo, obligándola á ponerse en pie. Era el malvado de Oñate, que le gritaba :

— Levántese Vd. Falta el final de la comedia.

Rosalía estaba resignada á sufrir cuanto quisiesen hacer de ella, con tal de que respetasen su honor. Púsose en pie, y entonces Manuelita se deslizó por detrás de la joven y sacando unas grandes tijeras, cortó en un instante las dos trenzas negras y tupidas de la hija del maestro de armas, que pendían sobre su espalda. De un salto se puso en medio de la sala y levantando en alto los cabellos, fué saludada aquella acción infame por un coro de gritos, de risas y de palmadas.

En aquel momento se abrió violentamente el postigo de la

ventana que daba á la calle, y que no tenía reja, y se precipitaron en la sala de la orgía dos oficiales con el uniforme del Fijo. Eran el capitán Hervias y un teniente. El primero llevaba en la mano la espada que acababa de arrebatar á Gabriel, y ceñida la suya á la cintura. La aparición de los dos oficiales y el semblante airado y terrible de Hervias infundieron espanto en hombres y mujeres, que se quedaron como petrificados. Reinó el más profundo silencio donde un momento antes todo era algazara y carcajadas. Hervias paseó una mirada colérica por los grupos que llenaban la pieza, como buscando á alguna persona, y fijándose al fin en Oñate, que trataba de ocultarse, le gritó, adelantándose hacia él, con la espada de Gabriel en mano :

— Tras Vd. vengo, malvado. Lo he visto por la rendija del postigo que Vd. abrió, y he comprendido lo que mi pobre amigo no pudo alcanzar en su alucinación. Usted es el autor de esta intriga infame. Debía yo ahora matarlo como á un perro; pero no debo mancharme con un asesinato. Defienda Vd. su vida.

Diciendo así el indignado joven, cuya mirada parecía despedir relámpagos, alargó la espada á Oñate, que vacilaba en tomarla ; pero que al fin hubo de decidirse, aunque temblando de miedo. Hervias desenvainó la suya. Las mujeres, al ver aquello, alzaron el grito y llamaban á la justicia. Los hombres hicieron un círculo al derredor de los combatientes, y el teniente del Fijo, desnudando su acero, dijo en voz alta :

— El combate es igual por ambas partes. Al primero que intente interrumpirlo de cualquier modo, lo atravieso con mi espada. ¡ Silencio ! gritó, dirigiéndose á las mujeres.

No volvió á oirse una voz ni á notarse el más ligero movimiento por parte de los que presenciaban el duelo. Fué éste de corta duración. Oñate no era adversario capaz de sostener las cargas furibundas de Hervias. La espada de éste pasó al través del pecho del contador de diezmos que cayó bañado en su sangre.

En aquel momento, Manuelita, que estaba inmediata á los combatientes, más pálida que de costumbre y presa de la más violenta agitación, lanzó un gemido sordo, arrojó una bocanada de sangre y cayó junto al moribundo Oñate.

Hizo éste seña de que quería decir alguna cosa, y todos los presentes se volvieron á él.

— Voy á morir, dijo con voz entrecortada. Reconozco mis faltas. Yo he sido el autor de lo que se ha hecho con Rosalía. Que me perdone y que me perdone también Don Gabriel, á quien he ofendido gravemente.

No pudo decir más. Dilató desmesuradamente las pupilas y paseó una mirada extraviada por aquellos grupos de hombres y mujeres que llevaban todavía impresas en sus semblantes las señales de la bacanal, y los cerró en seguida para no volverlos á abrir jamás.

Hervias se dirigió á Rosalía y tomándola por la mano exclamó:

— Venga Vd. señorita, salgamos de este infierno.

En seguida dijo en voz alta:

— Que se abra inmediatamente la puerta que da á la calle.

La vieja Tatuana, que había acudido al socorro de su hija, corrió á buscar la llave, y volviendo pronto con ella abrió. Salió Rosalía apoyada en el brazo de Hervias y los siguió el teniente del Fijo. En la calle, la pobre joven prorrumpió en llanto y explicó al capitán sencillamente lo que había ocurrido.

— No podía ser de otro modo, exclamó Hervias.

Llegaron á casa del maestro de armas, donde dejó á Rosalía y se dirigió con el teniente á la de Gabriel, que había llegado media hora antes, conducido por el sargento y los soldados de la patrulla, á quienes lo había recomendado el capitán.

Gabriel, que había recobrado el conocimiento, estaba entregado á la más negra desesperación. Cuando vió á Hervias se arrojó en sus brazos y exclamó sollozando:

— Hermano mío, amigo mío, ¡ qué desgraciado soy!

— Te equivocas, contestó Hervias. Los celos, unos celos incomprensibles han ofuscado momentáneamente tu juicio. ¿ Cómo no has reflexionado que era imposible, absolutamente imposible que Rosalía hubiera sido capaz de prestarse voluntariamente á semejante infamia?

— ¿ Y lo que yo mismo he visto? dijo Gabriel.

Hervias hizo á éste una relación detallada de lo que había referido Rosalía; en seguida le dijo cómo acababa de morir Oñate y la declaración explícita que había hecho en presencia de muchos testigos, uno de ellos el teniente del Fijo que estaba presente.

Gabriel vió disiparse sus negras ideas á medida que oía la relación de su amigo, y cuando éste hubo concluído exclamó:

— ¡ Oh Rosalía, Rosalía! ¡ Qué cruel y qué injusto he sido contigo! Corro á pedirle que me perdone.

Salió seguido por Hervias, por el teniente y por Doña Catalina, que había escuchado, llorando de júbilo, la relación del capitán.

Rosalía no se había acostado. Rodeada por su padre y sus hermanos, les había hecho una explicación breve y sencilla de lo ocurrido. Don Feliciano juraba acabar con los infames que habían ultrajado á su hija, y la niña lloraba al tocar los cabellos mutilados de su hermana.

Entró Gabriel, seguido de Doña Catalina, de Hervias y del teniente. La escena fué patética. Gabriel se puso de rodillas delante de Rosalía, y tomándole una mano, la bañó con sus lágrimas.

La pobre joven comprendió que Gabriel había dudado de ella. Una lágrima se desprendió de su párpado y rodó lentamente por su mejilla. En aquel momento experimentó un dolor más agudo y más cruel que los que había sentido durante la orgía en casa de la Tatuana.

Pero Rosalía, siempre noble, generosa siempre, perdonó

aquella incomprensible sospecha y procuró consolar á Gabriel, diciéndole que era necesario sufrir con resignación los contratiempos de que está llena la vida.

Tres días después se verificó el matrimonio de Gabriel y Rosalía. Presentóse ésta cubierta la cabeza con una cofia ó redecilla de seda azul, que le sentaba muy bien, según lo declaró la madrina, que añadió estaba tentada de hacerse cortar las trenzas, para quedar tan bonita como su ahijada.

No concurrieron á la ceremonia más que los padrinos, los testigos, que fueron Hervias y el Licenciado Rosales, Doña Catalina, el padre y los hermanos de Rosalía. El capitán Matamoros, de grande uniforme, muy limpio y acicalado, contó durante el almuerzo, su campaña de Roatán, y tuvo suficiente dominio sobre sí mismo para conservarse en un término medio entre la sanidad y la embriaguez.

Al siguiente día se trasladaron todos á la labor que había comprado Gabriel, donde vivieron algunos años, disfrutando de la tranquilidad y de la ventura que es dado alcanzar en esta vida. El primer contratiempo que experimentó aquella familia fué la muerte de Doña Catalina, que cerró los ojos á la vida, teniendo el inefable consuelo de abrazar á sus hijos y de imprímir un ardiente beso en la frente de una hermosa niña que acababa de dar á luz Rosalía y que tenía el mismo nombre de su abuela.

Poco tardó en seguirla Don Feliciano, que murió en su ley; esto es, á consecuencia de un ataque cerebral que le sobrevino después de una temporada en que apuró un número de botellas mayor del que buenamente podía resistir.

Manuelita la Tatuana, conducida á la casa de recogidas junto con su madre, al día siguiente de la noche en que tuvo lugar la escena que hemos descrito al principio de este capítulo, sucumbió pronto á la enfermedad interior que la devoraba. La siguió de cerca la vieja, que había sido sentenciada á seis años de prisión.

Doña Dorotea de Bardales tardó poco en ser huéspeda de la misma casa. Complicada en un robo hecho á la familia que la había recibido bondadosamente, fué reducida á prisión. Su causa se prolongó algunos años y sentenciada á otros dos de cárcel, no pudo ya concluirlos.

El Licenciado Rosales adquirió cada día más reputación como letrado, y en el año 1819 recibió el nombramiento de fiscal de la Audiencia de Palma de Mallorca.

El hijo del oidor González llegó á aficionarse seriamente á Matilde Espinosa de los Monteros, que por su parte correspondió á aquella inclinación. Gabriel había dejado de existir para ella desde el momento en que no fué Fernández de Córdoba, ni un capitán del Fijo. La boda del capitán de artillería Don Gualberto González y de la hija del regidor decano Don Pedro Espinosa de los Monteros, se celebró con una suntuosa fiesta, en que todos rebosaban de júbilo, menos la antigua esclava Mariana, que, arrinconada en la cocina de la casa, movía la cabeza y decía hablando consigo misma :

— Dios los ayude. Esto no parará en bien. Mejor hubiera sido Don Gabriel.

Tal vez aquella vieja negra tuvo en aquel momento una revelación intuitiva de los secretos del porvenir.

En el año 1821, Gabriel Bermúdez, que contaba á la sazón veintinueve años, dejó la finca al cuidado de Antonio, hermano de Rosalía, que tenía ya diez y ocho y era muy formal y entendido, y se trasladó á la ciudad con su mujer y sus tres hijos. Electrizado, como tantos otros jóvenes, con las ideas de emancipación política, fué uno de los más ardientes partidarios de la independencia, y el día 15 de Septiembre se veía á la cabeza de los grupos más entusiastas.

Verificada la separación del reino de Guatemala de su antigua metrópoli, Gabriel fué invitado á entrar de nuevo en el servicio militar, con su grado de capitán del Fijo. El ardor guerrero de aquel joven no estaba extinguido. Contra la opi-

nión de Rosalía, aceptó la propuesta y volvió á vestir el uniforme. Presentía que la vida del oficial no sería ya tan quieta y pacífica como antes y que muy pronto tendría ocasión de dar rienda á su entusiasmo bélico.

Fué como lo había pensado. En Mayo de 1822 recibió orden el batallón de salir á campaña. El capitán Bermúdez se distinguió en el ataque de San Salvador, que tuvo lugar el 10 de Junio, y fué uno de los primeros que llegaron á la plaza aquel día. El triunfo terminó con una retirada desastrosa, en la cual tuvo Gabriel el acerbo dolor de ver morir á su hermano, á su amigo, á su compañero de armas el teniente coronel Don Luis de Hervias, que expiró en sus brazos.

Profundamente afectado con aquella pérdida, volvió Gabriel á Guatemala; pero aunque Rosalía le hizo las más vivas instancias para que pidiera su retiro, no quiso hacerlo. Contestó que no era ocasión; que deberían volver sobre San Salvador y que terminada la campaña, dejaría el servicio.

En efecto, habiendo venido el general mejicano Filísola al frente de una división y recibido órdenes de Iturbide para reducir la provincia de San Salvador, salió de la capital, llevando los dos cuerpos que había en ella : el Fijo y el batallón de milicias provinciales.

El 7 de enero de 1823 atacó Filísola una de las fortificaciones exteriores de San Salvador. Gabriel, con dos compañías de su cuerpo, dió una brillante carga, que decidió de la jornada. " Bravo, coronel, le gritó el general. Usted nos ha dado la victoria. " Gabriel se volvió para saludar á su jefe, y en aquel momento una bala disparada de las trincheras, atravesó la cabeza del heroico joven, que cayó, con la muerte pintada en el semblante. Filísola se apeó del caballo, puso una rodilla en tierra y levantando el cuerpo de Gabriel, lo sostuvo hasta que expiró. Una humilde sepultura, señalada con una tosca cruz, guardó los restos mortales de Gabriel Bermúdez. En 1828 Antonio, hermano de Rosalía, fué á exhumar

los restos de Gabriel, y pudo encontrarlos, merced á las indicaciones, muy precisas, que Filísola había dado á la viuda, cuando regresó de la campaña del año 23.

Andando el tiempo y comenzado á formar el cementerio de San Juan de Dios, Rosalía hizo construir un sepulcro para su familia, y sobre los nichos vacíos colocó las cenizas de Gabriel. Frecuentemente visitaba, acompañada de sus hijos, aquel sitio que encerraba los restos de su esposo, y le llamó la atención, en una de tantas visitas que hizo, el encontrar una corona de siemprevivas sobre el mausoleo. El hecho se repitió varias veces, sin que pudiese Rosalía imaginar qué mano piadosa y amiga colocaba aquellas flores sobre los restos de su marido. El día 3 de Enero de 1840, aniversario de la muerte de Gabriel, Rosalía y sus hijos fueron más temprano que de costumbre, á cubrir de flores el mausoleo, y vieron una mujer anciana y pobremente vestida, que colocaba una corona de siemprevivas sobre la caja de calicanto que guardaba las cenizas de Gabriel.

— Mamá, dijo Catalina, la hija mayor de Rosalía, allí está la que pone las flores en el sepulcro.

Rosalía apresuró el paso, y cuando la desconocida, advirtiendo la llegada de la familia, quiso retirarse, ya no era tiempo. Quedóse como una estatua, apoyada la mano sobre la corona de siemprevivas que acababa de colocar sobre los restos.

Rosalía se acercó y con acento conmovido dijo á la desconocida, que volvía la cara hacia el sepulcro :

— ¿Podré saber, señora, quién es la persona piadosa y amiga que conserva un recuerdo del desdichado cuyos restos mortales guarda ese sepulcro?

La mujer volvió la cara, y cuando Rosalía la hubo examinado durante un breve rato, exclamó :

— ¡ Matilde ! ¡ Es posible !

— Perdona, Rosalía, contestó Matilde de los Monteros, si me he tomado la libertad de depositar este triste recuerdo

sobre la tumba de tu marido. No creí que pudiéramos encontrarnos aquí jamás.

Rosalía abrió los brazos y estrechó con efusión á su antigua amiga, á quien no había visto desde que ésta iba á casarse con Gabriel. Habiendo vivido fuera de la ciudad desde su matrimonio, ignoraba las desdichas de Matilde. El oidor González, no quiso jurar la independencia en 1821. Regresó á España con su familia, quedando únicamente Gualberto, que dejó la carrera militar y se puso al frente de los negocios de la casa de Espinosa de los Monteros, habiendo muerto Don Pedro y Doña Engracia.

El matrimonio de Gualberto y Matilde estuvo muy lejos de ser feliz. El joven inexperto en el manejo de una casa de comercio, vió deshacerse en sus manos la considerable fortuna que la familia de Espinosa había acumulado durante cuatro generaciones. Con la ruina vinieron los disgustos y las recriminaciones mutuas. Gualberto culpaba á Matilde, á su orgullo y á su vanidad de los desastres que sufrían. Ella le devolvía el cargo con acrimonia, atribuyendo á su ineptitud y á sus dilapidaciones la catástrofe que los abrumaba. Un día exasperado Gualberto, levantó la mano y dió una bofetada á Matilde, que, llena de indignación, se marchó de la casa, asilándose en la de uno de sus parientes, donde fué recibida como por caridad. Gualberto reunió los últimos objetos de valor que quedaban en la casa, los vendió á vil precio y se fué furtivamente, embarcándose para España. Jamás volvió á saberse qué había sido de él.

Esta fué la relación que hizo Matilde á Rosalía junto al sepulcro de Gabriel, interrumpiéndola frecuentemente con sus sollozos y con sus lágrimas. Cuando Matilde hubo concluído su triste historia, le dijo Rosalía :

— ¿ Quieres hacerme un servicio importante?

— ¿ Qué puedo hacer yo por ti? preguntó Matilde con la expresión del más profundo abatimiento.

— Venirte á vivir conmigo, replicó Rosalía. Me ayudarás en el manejo de mi casa y en la educación de mis hijas. Serás mi hermana y partiré contigo la fortuna que me dejó Gabriel.

Matilde, deshecha en lágrimas, quiso besar las manos de su amiga. Ésta no lo consintió, la abrazó cariñosamente y le dijo :

— Vámonos á casa.

Rosalía dirigió una mirada al sepulcro que encerraba los restos de Gabriel, y murmuró en voz baja :

— Confío en que me lo agradecerás desde el cielo.

FIN DE LA HISTORIA DE UN PEPE.

ÍNDICE

Prólogo v

Capítulo I. — Una desconocida á quien sigue un desconocido.... 1
— II. — Un regalo del día de los Inocentes................ 5
— III. — Primeros años de la vida del Pepe. Cambio completo en su situación.......................... 8
— IV. — Un protector misterioso.......................... 17
— V. — Misterios de la casa del escribano. Un capitán retirado.. 26
— VI. — Donde el cadete Fernández resuelve hacer lo que no haría á no estar loco de enamorado......... 35
— VII. — Primer amor.................................... 45
— VIII. — Semidiosa...................................... 54
— IX. — Los botones de la casaca del capitán.............. 64
— X. — Preparativos para la fiesta. El ojo del jugador...... 73
— XI. — El paseo.. 81
— XII. — El sarao.. 91
— XIII. — El situado...................................... 100
— XIV. — Una intriga de Don Diego......................... 109
— XV. — Otra intriga de Don Diego........................ 118
— XVI. — Triple traición.................................. 127
— XVII. — El estudio del abogado.......................... 135
— XVIII. — La familia de Espinosa. Investigaciones.......... 144
— XIX. — Una noche en compañía de un cadáver.......... 152
— XX. — Revelación. Descubrimiento..................... 161
— XXI. — Manuelita la Tatuana............................ 170
— XXII. — La señora del velo negro........................ 178
— XXIII. — Revelaciones. Primera parte..................... 186
— XXIV. — Revelaciones. Parte segunda..................... 195
— XXV. — Explicaciones. Una elección de alcalde........... 206
— XXVI. — Jugar con fuego.................................. 217
— XXVII. — Acontecimientos inesperados...................... 227
— XXVIII. — Cómo cumplió su promesa el alcalde Don Diego de Arochena..................................... 237
— XXIX. — Padre é hijo..................................... 248
— XXX. — La madre y el hijo. Cambio de situación.......... 257
— XXXI. — Nuevas complicaciones. La fiebre................ 267
— XXXII. — Una aparición. La diplomacia de Doña Catalina.. 276
— XXXIII. — La tertulia del oidor. Quinientos pesos por un escribano.. 286
— XXXIV. — La captura y sus consecuencias.................. 295
— XXXV. — La vista de la causa. La herencia de Pedrera. Reconciliación. Una resolución inesperada..... 304
— XXXVI. — El consejo de Rosalía. La recompensa............ 314
— XXXVII. — Una aventura extraña............................ 324
— XXXVIII. — Desenlace...................................... 334

OBRAS COMPLETAS DE DON JOSÉ MILLA

DON BONIFACIO

POR

SALOMÉ JIL

(JOSÉ MILLA)

SOCIO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
DELEGADO EN GUATEMALA DEL CONGRESO DE AMERICANISTAS DE BRUSELAS
MIEMBRO HONORARIO DE LA SOCIEDAD LITERARIA INTERNACIONAL DE PARÍS
MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS
DE SANTIAGO DE CHILE
ASISTENTE DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA, DE LA DEL PORVENIR DE GUATEMALA
DEL ATENEO DE LEÓN, ETC., ETC.

TERCERA EDICIÓN

GUATEMALA

E. GOUBAUD Y Cía

EDITORES

1898

SEÑOR LICDO. DON JUAN DIÉGUEZ

AMIGO MUY ESTIMADO :

La Leyenda que remito á Vd. impresa, no estaba destinada á la publicidad, ni debió haber circulado sino entre unas pocas personas aficionadas á la literatura. Muchas razones, más ó menos plausibles, podría yo alegar para excusarme de haber caído en la tentación de darla á luz; mas prefiero callarlas, y me limitaré á recordar el siguiente dístico de Byron :

'T is pleasant, sure, to see one's name in print;
A book's a book, although there 's nothing in 't—

dístico que creo podría traducirse así :

Agrádanos, sin duda, ver nuestro nombre impreso;
Un libro, es siempre un libro; si no contiene nada,
¿Qué importa eso?

Como Vd. sabe muy bien, yo había perdido en otro tiempo algunos ratos en componer coplas. Me consideraba curado para siempre de tan peligrosa monomanía y creía haber tenido la fortuna de escaparme de ser un poeta mediano, que como dice Horacio, es cosa contra la cual se rebelan los dioses y los hombres; cuando en mala hora hubo de ponérseme la tentación de escribir algo en el género del poema narrativo, muy poco cultivado en castellano, como Vd. no ignora. La Leyenda de Don Bonifacio no tiene

más objeto que dibujar algunos caracteres de los que vemos quizá todos los días, trazar pequeños bosquejos de costumbres del país y poner en verso, ó en prosa rimada, algunas de las voces provinciales y locuciones familiares de Guatemala, mezclado todo esto con unos cuantos pensamientos con pretensiones de morales y de filosóficos.

La locura extraña de que supongo poseído al héroe de la Leyenda, no es invención mía. La *Revue des Deux Mondes*, acreditada publicación quincenal de París, trae, en uno de sus números del año próximo pasado, un artículo con el título de *Les hallucinations du professeur Floreal*, que me ha suministrado la idea de la monomanía que atribuyo á Don Bonifacio y varios de los incidentes que de ella se originan en el curso de este pequeño poema. He creído que debía explicar, en notas colocadas al fin del libro, el significado de las voces y locuciones provinciales; pues sin esa explicación, no se entenderían fuera de Guatemala.

Permítame Vd., amigo mío, me atreva á dedicarle esta Leyenda. Usted hijo y hermano de poetas, poeta Vd. mismo, como lo sabemos todos y lo acreditan tantas bellas composiciones en las cuales campea la brillantez de la imaginación á par de una exquisita sensibilidad, no desdeñará esta pobre ofrenda. En cuanto á las demás personas de quienes no tengo derecho á esperar la indulgencia con que Vd. ha acogido siempre mis pequeños trabajos literarios, no les diré más que dos palabras. Recuerdo haber leído que una joven actriz salió una noche, en un teatro de provincia, á cantar una tonadilla. Bastante mal hubo de ejecutarla, pues el público silbó á más no poder, y continuaba haciéndolo aún después de caído el telón. Entonces la

debutante, como se dice ahora, tuvo la feliz idea de presentarse de nuevo en la escena, y con amable sencillez dijo á los implacables silbadores que si seguía la broma, se vengaría de ellos, ¿ con qué, dirá Vd. ?... « con repetir la tonadilla. » ¿No le parece á Vd., amigo mío, que yo podría adoptar tan peregrino ejemplo, y acallar á los que murmuren de mi composición, amenazándoles con escribir otro cuento parecido? Si esa amenaza valiere á mi Leyenda alguna indulgencia de parte de los críticos, en recompensa, yo pediré á Dios les libre de las vicisitudes y del fin desastrado del héroe de esta triste historia, y sobre todo, de la tentación de escribir una semejante.

Queda de Vd. afectísimo amigo y
seguro servidor

J. Milla

Guatemala, Febrero 18 de 1862

DON BONIFACIO

PARTE I

Ciento y treinta años hace que vivía
En la antigua ciudad de Goathemala
Un abogado, cuya biografía
La más rara novela no la iguala.
Trasegando una vieja librería,
En una oscura y empolvada sala,
Un anticuario la encontró. Se ignora
Por qué habrá estado inédita hasta ahora.

Por más de un siglo la voraz polilla
Royendo estuvo el viejo manuscrito;
Que nadie vió, por la razón sencilla
De ser su dueño un hombre á quien un pito
Importaba el tal libro. Maravilla
Fué que diera con él nuestro erudito;
De quien no era pequeña la congoja,
Al ver comida ya más de una foja.

Yo saco á luz la historia peregrina
Y cual fruto la doy de mi cosecha;
Si alguno de plagiario me acrimina,
Porque mi pobre musa se aprovecha
De riqueza que halló en ajena mina,
Digo que esta costumbre desde fecha
Algo remota existe, y en mi auxilio
Traigo el *Sic vos non vobis* de Virgilio.

Y ya que de esto hablamos, infundado
Diré que me parece el tole tole
Que levanta un censor malhumorado
Contra aquel que prohija extraña prole.
Cerca de tres mil años han pasado
Sobre el famoso *Nihil novum sub sole;*
Nada hay nuevo en el mundo, esa sentencia
Dijo, y pedirlo ahora, ¡ qué ocurrencia!

Comienzo, pues, la relación extraña
De lo que hallé en el códice roído;
Y si alguno la trata de patraña,
Ó invención de un misántropo aburrido,
Le diré me dispense y que se engaña.
Cosas más increíbles he leído
En los libros que tratan (y no hay pocos)
De las raras manías de los locos.

Don Bonifacio Manso y Bobadilla
Se llamaba el extraño personaje.
Su familia era oriunda de Castilla;
Pero él era criollo; (y sin ultraje
De nadie sea dicho;) la golilla
Y los demás arreos del ropaje
Que entonces distinguía al abogado
Mejor supo llevar que el más pintado.

Era en mil setecientos treinta y uno;
Nuestro Don Bonifacio en los cincuenta
(Menos cinco) rayaba; inoportuno
De su pasada vida el daros cuenta
Juzgo, amados lectores; mas si alguno
De vosotros quizá no se contenta
Con encontrar al héroe tan crecido,
Vaya y consulte el códice roído.

Que yo, usando del ancho privilegio
Que al pintor y al poeta les da Horacio
Para ser atrevidos, sacrilegio
No creo cometer si á Bonifacio,
(Le trato como á amigo de Colegio
Por ajustarme al metro,) un largo espacio
De existencia le paso aquí en silencio,
Y á nacer *recienviejo* le sentencio.

Y no fuera, en verdad, fortuna poca
Á este mundo venir ya pelicano;
De nuestra mocedad febril y loca
Evitando el afán osado y vano.
En nuestro corazón, cual firme roca
Que resiste el furor del Oceano,
Se estrellaría entonces impotente
De la pasión el golpe contundente.

Provistos ya de juicio y de experiencia,
Podríamos quizá en la barahunda
Entrar de nuestra cómica existencia,
Sin temor de una silba furibunda.
Mas no está así dispuesto, y en paciencia
Es menester llevarlo; con profunda
Humildad filosófica y cristiana,
Sin tratar de enmendarle á Dios la plana.

Vuelvo á seguir mi historia, interrumpida
Por esa digresión, pausa y descanso
Que hice en la narrativa. De su vida
Los dos primeros tercios el buen Manso
Rendido había, y fama merecida
Tenía en la ciudad de no ser ganso;
Pues en más de un proceso peliagudo
Lució su erudición é ingenio agudo.

Algo de idioma griego, y el latino
Leía, (recurriendo al Diccionario ;)
Y un poquito de hebrero ; y aun me inclino
Á pensar, (si no es juicio temerario,
Ó algún insostenible desatino
Que tachado será de estrafalario,)
Que sabía mejor Don Bonifacio
Que su lengua materna, la del Lacio.

No sólo el Fuero Juzgo y las Partidas
Y las Leyes de Toro y el Digesto
Éranle familiares ; bien sabidas
Tenía las doctrinas, por supuesto,
De autores cuyas obras conocidas
Hoy no son ya ; porque á su añejo texto
La moda insustancial prefiere el Tapia,
El Escriche y demás de esa prosapia.

En aquel siglo rancio, á Diccionarios,
Compendios y Manuales, reducido
No se hallaba el saber. Hoy los Prontuarios,
Resúmenes y Extractos, al olvido
Han hecho condenar autores varios.
Para ser sabio, basta haber leído
Ú hojeado tal vez un grueso tomo
En donde todo está, Dios sabe cómo.

Era un aprovechado canonista,
Y también estudió la Teología,
Declarándose acérrimo *escotista.*
En la Universidad lucido había
El error demostrando de un *tomista.*
En forma silogística argüía;
Y á patadas y á fuerza de pulmones,
Hizo triunfar al fin sus conclusiones.

Desde entonces su fama bien sentada
De muy docto dejó nuestro buen hombre,
Y en toda cuestión ardua y delicada
Consultado era al punto. No os asombre
Que en cosas de que no sabía nada
Diera su voto. Para quien el nombre
De sabio lleva, no hay materia ignota,
Aun de lo que no ha visto ni una jota.

Llegó á alcanzar el bicolor capelo
Y de Doctor las borlas, *in utroque,*
No á fuerza de propina y de pañuelo;
No haya miedo que nadie se equivoque
Y crea que él pescó con ese anzuelo.
No era aquel un Doctor de *tibi quoque;*
Y por la vía recta, no la oblicua,
En el claustro ingresó de la *Conspicua* (1).

Bobadilla era un hábil abogado;
Mas tenía un defecto solamente:
No podía alegar de bien probado
Sin mostrarse altanero é insolente.
Contraparte, escribano, magistrado,
Víctimas de su lengua maldiciente
Eran uno en pos de otro, y por los suelos
Ponía desde el hijo á los abuelos.

Tenía por costumbre hacer alarde
De conocer muy bien á todo el mundo;
Él no ignoraba quién entraba tarde
De la noche en el vil garito inmundo;
Quién al viajero le asaltó cobarde,
Dejándole robado y moribundo.
Gran averiguador de ajenas vidas,
Las cosas sabía él más escondidas.

Por otra parte, yo en su historia leo
Que era muy caballero y muy humano;
Amigo de la broma y del recreo,
Accesible, jovial, de trato llano.
Nunca rehusó ni comisión ni empleo;
Pues era un excelente ciudadano,
Pronto siempre á servir en cualquier cosa;
Mas su lengua era mala, venenosa.

¡ Virtud, Santa Virtud ! Mi acento rudo
No insulta tu influencia bendecida.
¡ Feliz el que cubierto con tu escudo,
Pelea en los combates de la vida !
Genio de paz y amor ¡ ay ! ¡ cómo pudo
Tu nombre profanar lengua atrevida,
Arremedando la maldad artera
La majestad de tu expresión sincera !

Don Bonifacio, á fuerza de osadía,
Logró que todos le tuvieran miedo;
Cosa muy natural, nadie quería
Su nombre ver envuelto en un enredo.
Tratábanle con mucha cortesía;
Pero al volver la espalda, hablando quedo,
Le llamaban grandísimo bellaco,
Viejo *chucho* (2), mordaz, chismoso y flaco.

Obligado á vivir en aislamiento,
En el estudio hallaba Bobadilla
El solaz, el recreo y el contento.
Por eso arrellanado en ancha silla,
Los infolios allí de ciento en ciento
Devoraba el intrépido golilla;
Prestando auxilio á sus cansados ojos,
Montado en la nariz, un par de anteojos.

Meditó especialmente en la doctrina
Del célebre filósofo de Samos,
Para quien la *unidad* es la divina
Esencia del Criador: lo que llamamos
Nada, es el *par;* y de ambos se origina
El *impar*, que es el mundo que habitamos.
(« Metafísico estáis, » un estudiante
Me dirá, cual Babieca á Rocinante.)

De todo el pitagórico embolismo,
Nada á nuestro hombre tanto embelesaba
Y sumídole había en un abismo
De reflexiones, cual lo que afirmaba
Del alma aquel filósofo, Ostracismo,
Dolorosa prisión, cual vil esclava,
Sufre, á su parecer, en este mundo;
¡ Pensamiento poético y profundo!

Pasa á habitar alternativamente
Cuerpos diversos. Lúbricas mujeres,
Guerreros y mendigos, el potente
Cerebro de un gran Rey, y hasta los seres
Más viles, la someten indolente;
Presentando diversos caracteres
Hasta que queda al fin purificada
Y el vuelo tiende á la eternal morada.

Por más que fuese la opinión aquella
El juicio erróneo de un autor pagano,
Don Bonifacio se aferraba en ella.
Iluminarle pretendía en vano
La purísima lumbre que destella
La Fé, antorcha brillante del cristiano;
El orgullo cegado le tenía
Y en su vano saber sólo creía.

Á sus cavilaciones entregado,
Manso comía mal, dormía poco;
Se iba poniendo enjuto, acartonado,
Y hablaba solo, cual si fuese loco.
« — Mi espíritu, decía, es un forzado
Del cuerpo en el presidio; ó me equivoco,
Ó él debió de habitar mucho tiempo antes
Que en mí, en el cuerpo del pintor Timanthes (3).

Sé que estuvo con Plinio en el Vesubio
Y huésped fué del grande Epaminondas;
Un joven babilonio boquirrubio
Le cobijó con sus guedejas blondas;
Era, en fin, la paloma del diluvio
Que rápida cruzó sobre las ondas
De aquel inmenso mar en donde el arca
Flotaba sola, salvadora barca. » —

Harto de meditar y ya aburrido,
Una noche, saltó Don Bonifacio,
Fuera del lecho, sin haber dormido,
Y comenzó á vestirse muy despacio.
No se escuchaba el más leve ruido;
La soñolienta luna, que el espacio
Inmenso de la atmósfera cruzaba,
La luz de las estrellas eclipsaba.

Tomó el sabio su capa y su sombrero,
Y, á prevención, su espada toledana
Que, asegurada á un cinturón de cuero,
Pendiente estaba junto á la ventana.
— « Ya que no duerno, dijo, mejor quiero
Pasear mientras viene la mañana;
Que no contar las horas desvelado,
Vueltas dando en la cama fastidiado ». —

Salió á la calle, aseguró la puerta,
Y echóse á andar sin especial destino.
Estaba toda la ciudad desierta;
Velaba el religioso, que el camino
Busca del cielo en la oración, ya muerta
El alma para el mundo; el asesino
Que acecha, y se impacienta porque tarda
La víctima infeliz á quien aguarda;

El olvidado amante que, en la reja
De su adorada puesta la esperanza,
Al enemigo cielo alza su queja
Y acusa de la ingrata la tardanza;
El enfermo que ya la vida deja,
Fija tan sólo en Dios la confianza.
Ésos velan, cada uno con su empeño,
Los demás yacen en profundo sueño.

Tomó nuestro héroe un callejón tortuoso,
Y, á pesar de la luna, medio oscuro,
Y vió moverse un bulto, cauteloso,
De un antiguo convento junto al muro.
Apretar quiso el paso receloso;
Pero el bulto avanzaba, ¡ fuerte apuro!...
Sonó de una campana el ronco bronce,
Una... dos... tres... *et cætera;* las once.

Una voz estentórea díjole — « Alto! » —
Y clavado en el suelo Bobadilla,
Cual si fuera de mármol ó de asfalto
Se quedó; le temblabla una canilla;
Víctima se creía de un asalto,
Y al calzón aflojándole la hebilla,
Sacó fuera la bolsa del dinero,
La ofreció al bulto, y contestó — « No quiero. » —

Entonces ya, por contingencia ó maña,
Descubierta la faz dejó el embozo;
Al verla Bobadilla, — « Juan Araña! » —
Exclamó. — « El mismo » — contestóle el mozo.
Mirada atroz de vengativa saña
Clavaba en Bobadilla, que en un pozo
De cien varas quisiera estar oculto,
Antes que en la presencia de aquel bulto.

Juan Arana estudiante había sido
Y descubrió sus mañas desde el aula,
De la cual vióse al cabo despedido;
Pues á más de holgazán era un gran maula.
El Arana en Araña convertido (4)
Quedó en una ocasión en que á la jaula
Le envió Don Bonifacio, siendo Alcalde,
En unión de Don Juan Pérez y Ugalde.

Y desde entonces el perdonavidas
Se la tenía á Manso bien jurada;
Atisbábale todas las salidas,
Ya la gran *guacaluda* (5) preparada.
Reo de muertes, ebriedad y heridas,
Sólo andaba de noche y de tapada:
Padeciendo, decía con malicia
Soez, persecución por la justicia.

« Escúchame, Juanillo, el abogado
Dijo, haciendo chocar diente con diente;
Yo recuerdo que tú has estudiado,
Y no dudo tendrás siempre presente
Que en el *Octavo Título*, (el letrado
Armas en su arsenal naturalmente
Buscaba,) de la *Séptima Partida*
Que trata de *Omezillos*, con la vida.... » —

— « ¡ Voto á tal ! dijo Arana, echando un terno ;
¿ Qué sé yo de Partidas ni de enteras?
Prepárese á bajar al hondo infierno,
Que hoy me las paga todas muy de veras. » —
— « Mira, Juan, que por mí un tío materno
Tuyo, no fué mandado á las galeras ; »—
Dijo Don Bonifacio y hacia Arana
Tendió de punta la ancha toledana.

Ciego ya de la cólera, rabioso,
Juan Arana, sin ver el duro acero,
Sobre el letrado se arrojó furioso,
Como el tigre voraz sobre el carnero.
Brotó la sangre.... un grito doloroso
Lanzó Arana y cayó; dijo — « Me muero »—
Oyó Don Bonifacio — « En esta vida
Esa alma quedará á la tuya unida. » —

Bobadilla, más pálido que el muerto,
— « ¡ Unidas nuestras almas ! » — repetía,
Hablando solo, y agregaba — « Es cierto ;
Siento su alma bullir dentro la mía. » —
Con paso torpe, vacilante, incierto :
En cruel, penosísima agonía,
Se dirigió á su casa lentamente,
Pintado el estupor sobre la frente.

¡Horrible noche! tétricas visiones
En tropel espantoso le asaltaban;
Ya eran monstruos que haciendo contorsiones,
Una herida profunda le mostraban;
Ya voces mil que en lentas vibraciones
Del fondo de un sepulcro le llamaban;
Hasta, que, á fuerza de sufrir rendido,
Cerró los ojos y quedó dormido.

PARTE II

Ocho veces había recorrido
El rubicundo Apolo en su dorado
Carro el espacio etéreo, precedido
De la rosada Aurora, y rodeado
De los festivos Genios que al tañido
Acuden de su lira.... (floreado
Está el exordio; este galimatías
Quiere decir, « pasaron ocho días. »)

No tengo yo la culpa; los doctores
De la que se llamó clásica escuela,
Del latino y del griego imitadores,
Tan en boga allá en tiempo de mi abuela;
Que « el dulce lamentar de los pastores »
Remedaron en tierna cantinela,
Me enseñaron que no es poeta el hombre
Que á las cosas las llama por su nombre.

León, Herrera, Rioja, Garcilaso:
Mi pobre Musa nunca irreverente
Os faltará al respeto. Del Parnaso
Español el orgullo eternamente
Seréis, y nunca llegará al ocaso
De vuestra gloria el astro refulgente.
Siempre vuestras dulcísimas canciones
Conmoverán los tiernos corazones.

Yo lo único que digo es una cosa :
¿ Por qué se ha de tachar de desatino
El llamar, cuando no se escribe en prosa,
Sol al Sol, al pan pan, y al vino vino?
¡ Maldita poesía melindrosa
La que á caza de tropos de contino,
Apela á cien metáforas oscuras
Para nombrar á Dios y á sus criaturas!

Los ocho días largos que siguieron
Á aquella funestísima aventura
Que ocurrió al infeliz letrado, fueron
Ocho siglos de angustia y de tortura.
Corrió que estaba malo, y acudieron
Amigos y vecinos con premura,
(Gente caritativa, no curiosa)
Á ver si se ofrecía alguna cosa.

Como Don Bonifacio era *hombre solo*,
La parte femenil del vecindario
Antes habría ido al frío polo
Que á visitarle ; pero extraordinario
Siendo el caso, despacio meditólo.
De la grave reunión fué el juicio vario
Y dividida estuvo la Asamblea :
La bonita por *no ;* por *sí* la fea.

— « Pues que la votación está empatada,
Dicen, resolverá la Presidenta ; »—
Una señora viuda muy honrada,
Que cuando más llegaba á los setenta.
Tosió, escupió, se puso colorada,
Y en voz medio gangosa, grave y lenta,
Un *speech* ensartó muy erudito;
¡ Lástima que no esté en el manuscrito !

Que irían decidió Doña Serapia,
Por lo cual hubo mucha *peladera;* (1)
Malos juicios acuden en prosapia;
— Su hija Lola no sufre el ser soltera —
Dice una; — No, dice otra; si es que Tapia
Un gran pleito le ha puesto, y considera
Que si no la defiende Bobadilla,
Ya no podrá comer ni una *tortilla.* (2)

Pero fueron al fin; el aposento
Del infeliz enfermo las vecinas
Asaltaron, serían como ciento;
Y gracias que no usaban crinolinas,
Sino sólo el tontillo, aditamento
Que ahuecaba las telas ricas, finas
Del vestido; mas no con el exceso
Que se estila hoy en día; nada de eso.

En un momento el cuarto convertido
Estuvo en un infierno. — Cataplasma —
Dice una, — Eso lo sana, mi marido
(Pobrecito) la usaba para el asma. —
— La jeringa — grita otra. — Poco ruido —
— El hombre es moro al agua si se pasma —
— ¿ Quién lo fleta? — Yo no. — Traigan untura. —
— Lavativas de miel de *rapadura.* — (3)

Derribaban los muebles; se empujaban
Las unas á las otras; daban vueltas
Sin objeto especial; recomendaban
Se guardase silencio; pero sueltas
Las lenguas, ellas mismas atronaban
Al enfermo; atacáronle resueltas,
Con cáusticos su cuerpo entapizaron
Y lavativas mil administraron.

En medio de tan loca barahunda
Apareció el Doctor, hábil Galeno
Cuya ciencia vastísima y profunda
Nunca había podido poner bueno
Á un solo enfermo. Faz meditabunda,
Sentencioso al hablar, grave y sereno;
Alzó del pabellón una cortina,
Y con voz hueca dijo:— « Escarlatina. »—

No bien oyó nombrar la contagiosa
Enfermedad el grupo vocinglero
De las vecinas, pies en polvorosa
Puso en un santiamén. Si á un gallinero
Asoma un gavilán ó una raposa,
Para escapar del enemigo fiero
Con menos prisa corren las gallinas,
Que salieron del cuarto las vecinas.

Libre ya de la incómoda polilla,
El astuto doctor volvió al paciente;
Tomóle el pulso, se acercó una silla
Y formuló el diagnóstico siguiente:
—¡ *Febris tabifica!* pues no es sencilla
La enfermedad; progresa velozmente;
No hay sujeto; un horrible tabardillo
Padece, y repetía — No es sencillo! —

Una receta, no en latín, en griego;
Pues nadie la entendía, dejó puesta,
Y tomó al punto las de Villadiego.
Se vió pronto obligado á dar respuesta
Á todas las vecinas. — ¿ Muere luego? —
— ¿ Conque se pega el mal? — ¿ Ya está dispuesta
La confesión? — Á todas con misterio
Respondía el Doctor: — El caso es serio. —

Entretanto, el enfermo desdichado
(De un interés objeto, tan extraño,)
Sudó su calentura: despejado
Sintió el entendimiento, y con el baño
Copioso de sudor quedó curado;
Sin otro resultado ni más daño
Que el dolor de las llagas que le abrieron
Los cáusticos sin fin que le pusieron.

Mientras duró la enfermedad aquella,
De todas las vecinas bachilleras
Sólo Doña Serapia y su hija bella
Probaron que querían muy de veras
Al buen Don Bonifacio. La doncella
Pasaba junto á él horas enteras;
Por supuesto de madre acompañada,
Como niña modesta y recatada.

Era Lola una joven muy pulida:
Blanca tez, negros ojos, breve cuello,
Sonrisa seductora; gracia y vida
De sus facciones el conjunto bello
Respiraba; mas nunca presumida
Señales daba de acordarse de ello;
Conservando, sin arte y sin amaños,
Puro el candor de sus primeros años.

Por mostrar gratitud Don Bonifacio
Pasó á hacer á la viuda una visita;
Se habló de todo: fiestas de Palacio,
Enfermedades, lluvias; mas Lolita
No levantó los ojos, y un topacio
Que el dedo de marfil, ¡joya exquisita!
(La sortija, no el dedo) le adornaba,
Como en éxtasis muda contemplaba.

Perdido, enamorado como un loco
Quedó el pobre letrado, y á su casa
Volvió resuelto, (ó le faltaba poco),
Á descubrir el fuego en que se abrasa
Á la que lo encendía. — Me sofoco,
Decía el infeliz; — ¿qué es lo que pasa
En este corazón antes tan quieto?
¡Oh amor! ¡tu ley acato y me someto! —

¡Enamorarse por la vez primera
Cuando ya se han pasado los cuarenta!
¡Pues no es poca fortuna! ¡Friolera!
Yo sé quién no los tiene, y si la cuenta
Á hacer exactamente se pusiera,
Puede ser que llegaran á sesenta,
(Más ó menos,) las veces que Cupido
Dejó su corazón de muerte herido!

¡Pero cómo ha de ser! De su destino
Cada cual obedece á la ley dura.
Hay quién en el revuelto remolino
De las pasiones halla sepultura;
Quién, con amiga estrella y mejor tino,
De la vida en el mar seguir procura,
Navegante feliz, el rumbo cierto,
Hasta llegar al suspirado puerto.

Bobadilla pensaba y repensaba
De qué tretas ó ardides se valdría
Para mostrar la llama que abrasaba
Su pobre corazón. Ya discurría
Escribir una epístola; empezaba,
Pero á pocos renglones advertía
Que declinaba en memorial ó escrito,
Y se ponía de un humor maldito.

Al fin después de una semana entera
Pasada en tan diabólica batalla,
Dijo : — Pues bien, suceda lo que quiera,
Hablo á Doña Serapia ; si no, estalla
Mi corazón como una bomba. ¡ Fuera
Miedo pueril ! — Se acerca á una *pantalla* (4)
De cuerpo entero, adorno de su sala,
Y despacio se peina y se acicala.

Ya fuese hecho pensado, ó contingencia,
Doña Serapia se encontraba sola
Cuando entró Bobadilla. La presencia
De la graciosa, interesante Lola
En aquel lance, fuera una imprudencia ;
Pero tratóse de ella ; ponderóla
Su madre de modesta, de hacendosa,
De obediente, sumisa y cariñosa.

De una hora pasaba la visita,
Y á pesar de tantísima indirecta,
Aun no soltaba el trapo. — ¡ Oh sí ! Lolita,
Decía, es bella, angelical, perfecta. —
Y sudaba de miedo. — Necesita,
Marido de una edad algo provecta —
Dijo la madre, que advirtió su apuro ;
Un hombre como... ¡ Usted ! — ¡ Oh, sí ! ¡ seguro ! —

Contestó el Abogado, y de Dolores
Acabó por pedir la blanca mano,
En medio de congojas y sudores.
Doña Serapia al fin vió que no en vano
Empleó su retórica y sus flores.
— Usted, Don Bonifacio, es muy cristiano —
Dijo, — y un caballero muy cumplido ;
Pero debo pensarlo, un año pido. —

¡ Un año ! ¡ Santo Dios ! ¡ Para quien hecho
Pedazos tiene el corazón ! ¡ Oh rabia !
Porfió, alegó razones de derecho
Y su disertación fué larga y sabia.
¿ Qué se había de hacer, si de provecho
No eran los argumentos con su labia?
Por no perder el tiempo en más porfías,
El año convirtióse en ocho días.

Á su casa volvió Don Bonifacio
Á esperar la respuesta con fastidio ;
En vez de Parladorio, leyó á Horacio,
Y en lugar de Solórzano, el Ovidio.
Saboreando estaba muy despacio,
(Placer que por mi parte yo le envidio)
De esos panales la sabrosa miel,
Cuando entró un criado y le entregó un papel.

Ya estaba todo listo. El confesor
De Doloritas fué de parecer
« Que era un partido bueno aquel Señor ;
Los tiempos eran malos; escoger
Era difícil cosa : otro postor
Habría ó no ; prudente la mujer
Debía en todo caso, en su sentir,
Al único que hubiera preferir. »

Si quedó muy contento el pretendiente
Del confesor con el dictamen raro
No lo sé ; mas al pie de la prudente
Consulta, este auto decisivo y claro
Puso la suegra *in fieri :* — « Está corriente ;
Hable Usted con el cura sin reparo
Y vea que no pasen muchos días,
Porque es bueno evitar habladurías. » —

Todo quedó allanado en un momento
El letrado, padrinos y testigos
Listos tenía para el casamiento
Y avisados ya todos sus amigos;
Cuando una noche, solo en su aposento
Se hallaba; medio abiertos los postigos
De la ventana; el viento hizo un ruido....
Creyó escuchar tristísimo gemido.

Púsose en pie al instante el abogado
Y dijo en alta voz: — « Desde mañana
La vida seguiré que me has trazado;
Déjame en paz, espíritu de Arana.
Dices bien, es un necio ó un menguado
El hombre que los sesos se devana
Por aprender. ¿ La ciencia ? ¡ Teoría !
¡ Viva el amor, el juego, la alegría ! » —

Y todo en él cambió. Como impelido
Del espectro interior que le agitaba,
Aquel hombre, tan quieto y comedido
En el trato común, desafiaba
Á los que no le habían ofendido;
Las noches en desórdenes pasaba
Con asombro de amigos y vecinos,
Que no entendían tales desatinos.

Vestido como el pueblo, con chaqueta
Solo en una taberna estaba un día,
Y entabló este monólogo: —« Un trompeta
Era Pitágoras, por vida mía.
Sí, su filosofía está incompleta;
De un gran secreto de Psicología
Á mí me tocará el descubrimiento,
Pues dos almas en mí conozco y siento.

Dentro mi cuerpo el ánima de Araña
Está indudablemente, desde aquella
Terrible noche, en que con fea maña
Puse fin con su muerte á la querella.
De Bonifacio el alma ¡ cosa extraña!
Vive también, no en amistad con ella;
Sino en lucha terrible, destructora,
Unas veces esclava, otras señora. » —

Con aquella teoría ó disparate
Soñaba el buen Señor continuamente.
Pruebas había dado del combate
Que agitaba su espíritu demente.
Ya como un pillo obraba el pobre orate;
Ya, en lúcidos intervalos, prudente
Y juicioso como antes se mostraba,
Según el alma que le gobernaba.

Y continuó diciendo: — « Sí; cabal
Mi juicio está; disfruto de salud;
Una de mis dos almas, que obro mal
Me dice á veces; mas de la virtud
Á que la una me inclina, su infernal
Compañera, con fuerza y prontitud
Me desvía, y me rompe el corazón
De sus malas pasiones el arpón.

¿ Qué dirían los sabios y doctores
De la Universidad, si yo explicara
Que el alma de aquel muerto, entre dolores
Arrojada del cuerpo, ¡ cosa rara!
Vive á la mía unida, y sus peores
Instintos sobrepone ó equipara
Á los instintos de mi alma buena,
Sufriendo así las dos horrible pena ? »

Después de aquel discurso tan enfático,
Bobadilla apuró el licor alcohólico
De una botella entera, y como extático
Se quedó, pensativo y melancólico.
Todo juicio y razón perdió el maniático
Con el brebaje embriagador, diabólico,
Y seis horas pasó caído, pálido,
Aletargado, consumido, escuálido,

Bajo la mesa hallólo el tabernero;
Y como á la sazón pasó una cama
De muerto, por la calle, que un tercero
Llevaba con cuatro indios; va, los llama,
Y en tono compungido y lastimero
Les dice que el letrado de más fama
En la ciudad, Don Bonifacio Manso,
De la muerte gozaba ya el descanso.

Les entregó el cadáver; lo acostaron
En la cama de muerto; al cementerio
Con paso lento y grave lo llevaron.
Rezando iba el tercero atrás, muy serio;
En la capilla lo depositaron;
Encendieron dos velas, y al imperio
De la muerte quedóse allí entregado
El infeliz maniático abogado.

PARTE III

¿Era muerte aparente, ó bien real
La del pobre que fué tan *sans façon*
Despachado, sin pompa funeral,
Por orden del estúpido ó bribón
Del tabernero? Cosa muy cabal
Es que si el héroe de esta relación
Hubiese estado en realidad difunto,
El cuento era acabado en aquel punto.

Pero no estaba muerto. ¿Era letargo,
Sueño causado por el magnetismo,
Catalepsis, ó síncope muy largo,
De cloroformo efecto ó de hipnotismo?
Todo eso pudo ser; y sin embargo,
Por no incurrir en un anacronismo;
Diré que lo que había era tan sólo
Que el infeliz letrado estaba *bolo* (1).

Una disertación muy erudita,
Con textos de muchísimos autores,
Que aunque no se hayan visto, se les cita
Porque los nombran otros escritores,
De perlas viene aquí. Se necesita
Ser atrevido, y mil admiradores,
Sobre la fé de citas que no entienden,
El diploma de sabios nos extienden.

¿ Mas, qué sé yo de estado patológico,
De anestesis, ni sueño cataléptico?
Ni sé lo que es el hombre fisiológico,
Ni he examinado nunca á un epiléptico.
En ese laberinto paradójico
De opiniones contrarias, como escéptico
Me mantendré, con vuestro beneplático,
Caros lectores, pues lo tengo tácito.

Y vuelvo á mi historieta ó mi conseja.
¿Qué sucedía mientras el presunto
Muerto ocupaba aquella cama vieja
En la cual reposó más de un difunto?
El códice en silencio no lo deja;
La funesta noticia voló al punto
Por la ciudad, y el lance en modos varios
Se contó, con diversos comentarios.

Según unos, el hombre había muerto
Por haberse sorbido una docena
De botellas de ron. — Eso no es cierto,
Dice otro; es un error; pues yo de buena
Tinta he sabido cómo ha estado. El tuerto
Don Sebastián Ibáñez Barberena,
Sujeto muy veraz, que no anda en bromas,
Me lo contó, con puntos y con comas.

Dice Don Sebastián que oyó decir
Á otro á quien lo contó Don Juan Corral,
(No, mentira, que fué Don Blas Genmir,)
Que lo supo de un hombre muy formal,
Que á bien que no le dejará mentir,
Á cuya criada, (no se sabe cuál
De las que tiene) dijo la de enfrente
Que Manso había muerto de repente. —

De modos mil corría la noticia;
Y cada nuevo quídam que la daba,
Ya sea por olvido ó por malicia,
Sus notas y adiciones le agregaba.
Al fin llegó á saberlo la justicia;
Que no tan lista como ahora andaba,
Que no hay sumario que dilate un mes,
Ni causa que no esté concluída en tres.

Tomáronse dos mil declaraciones,
Prendiéronse doscientos perillanes,
Acumuláronse las actuaciones,
Docenas de ligeros gavilanes,
(Alias corchetes,) fondas y mesones
Registraron, y al fin de sus afanes
Lo único que se supo, y eso cierto,
Fué que el difunto aquel estaba muerto.

Olvidáronse todos los defectos
Que antes se le tachaban; quién su ciencia
Ponía por las nubes; quién perfectos
Juzgaba sus escritos; su elocuencia
Alababa uno, y otro los muy rectos
Sentimientos del muerto; su conciencia
Tan rígida y severa y el decoro
De que dió siempre ejemplos en el foro.

Ni dejó de salir en la « Gazeta » (2)
Un artículo escrito con talento,
(Gaceta se escribía antes con zeta,)
Que dijo así: — « Con mucho sentimiento
Tenemos que anunciar (¡ vaya un trompeta!
¿Quién lo ignoraba ya?) el fallecimiento,
Que también sentirán nuestros lectores,
De uno de los más sabios y mejores.... » —

Por desgracia, comido de polilla
Del ejemplar aquel estaba el resto;
Siendo de la curiosa Gacetilla
El solo que ha quedado, y por supuesto
El elogio cabal de Bobadilla
No llegó hasta nosotros, y á más de esto
La *Rectificación* está perdida
Que se puso al saber que estaba en vida.

¡Oh! ¡morirse, morirse es mucha cosa!
Quien en las luchas de esta vida lidia,
Expuesto á la calumnia venenosa
Y á los mortales tiros de la envidia;
¿Cómo no ha de querer bajo la losa
Dormir tranquilo? Aquel á quien fastidia
Del mundo la diabólica balumba,
La paz ansía de la oscura tumba.

Doña Serapia Pérez, la viuda
Que había estado á punto de ser suegra
Del difunto letrado (¡oh alma cruda!
¡Alma insensible, empedernida, negra!)
Cuando ya de su muerte no se duda,
En su interior muy mucho que se alegra;
De castigo de Dios la califica,
Pues burlada dejó á su pobre chica.

Mucho tuvo que oir la pobrecita
Cuando quedó deshecho el matrimonio
Por no haber vuelto Bobadilla. — Hijita,
Dice una solterona, si el demonio
Son los hombres, quien más los necesita
No los halla. Si á mí con Don Antonio
Me sucedió; pero en el garabato
No está la carne porque falte gato. —

— *Niña* Serapia, (3) un viejo muy machucho
Dice á la setentona, allí presente
Lola, ¡ qué *caballada!* (4) siento mucho
La que les ha jugado el pretendiente !
Yo lo tenía dicho ; si es muy *lucho*
(Lucho, no ducho dice cierta gente)
En eso de engañar. ¿Conque plantada
La dejó ? vea Usted, ¡ qué *caballada !*

¡ Oh hipócrita amistad ! falsa y mentida
Simpatía, que bárbara se afana
Por rasgar más y más la abierta herida
Con una charla insustancial y vana !
Manda la caridad, si no es fingida
De la desgracia ante la ley tirana
Cerrar los labios y apartar los ojos,
Á la víctima ahorrando los sonrojos !

Entretanto, ¿ qué fué de Bobadilla ?
No podemos dejarle en el olvido
Sin faltar á la regla más sencilla
De novelas y dramas. Bien dormido
Estaba allá en la lóbrega capilla ;
Soñando, ó sin soñar. Nunca he sabido
Si durante esa extraña somnolencia
Puede ó no funcionar la inteligencia.

La noche estaba aún bastante oscura
Cuando de aquel letargo tan pesado
Comienza á despertar, y aunque procura
Traer á la memoria lo pasado,
Se afana inútilmente ; con pavura
La cabeza levanta, y rodeado
Al verse de aquel fúnebre atavío,
Por su frente resbala un sudor frío.

Lo que dijo ó pensó en aquella cama
De cierto no lo sé; pero se inclina
Mi mente á recordar el bello drama
Al cual de la ambiciosa *Catalina*
Howard, la historia, dió argumento y trama.
En una tumba duerme la heroína,
Disipado el narcótico, despierta
Y tiembla al ver que la creyeron muerta.

Así Don Bonifacio, cuando alcanza
Que llegó hasta tocar esos umbrales
Donde « se deja ya toda esperanza, »
Como dice Alighieri, da señales
De profundo terror. Baja, se lanza
Pór la capilla y dos horas mortales
Oculto en un rincón el pobre pasa,
Hasta que abrieron y se fué á su casa.

Nadie le vió salir, ni alma viviente
Halló en la calle, que era muy temprano.
Encerróse en su cuarto y diligente
Ocultó su regreso. Con la mano
En la surcada y abatida frente
Meditó en aquel lance, y no fué en vano
El susto que llevó, pues aterrado
Vió el abismo á donde iba despeñado.

Su alma triste, abatida, pesarosa,
En un continuo meditar se emplea,
Y á brotar vuelve en ella misteriosa
Del bien perdido la doliente idea,
Como dice Quintana. Apenas osa,
Empañado de aquella mancha fea,
Su corazón abrirse á la alegría,
Dando vuelo á amorosa simpatía.

Mas una noche pierde la paciencia
Y en su capa embozado hasta las cejas,
Va, y con más erotismo que prudencia,
De su adorado bien llega á las rejas.
Alumbraba la luna, y con licencia
De madre, acompañada de dos viejas
Esclavas, al balcón sale Lolita,
Vé á aquel fantasma y aterrada grita

— Don Bonifá.... — y al punto desmayada
Del balcón una esclava la retira,
Mientras la otra corre y azorada
Da el parte á la Señora. Ésta se admira
Del miedo de la niña; que no es nada
Asegura y porfía; pero mira
El espectro que tanto las aterra,
Y ¡pum! como una bomba viene á tierra.

— Mande Usted que me abran — desde afuera
Dice Don Bonifacio. — ¡El muerto! ¡el muerto! —
Dicen adentro en coro, y en carrera
Atropellada, en grande desconcierto
Echan á huir. Al fin se desespera
Bobadilla, y por un postigo abierto
De la ventana arroja alguna cosa
En la sala desierta y silenciosa.

Lo que introdujo fué un grueso folleto
En que, con grande habilidad, hacía
Un resumen histórico completo
Ó exposición de la *cuestión del día*,
Como ahora se dice. Era su objeto
Probar que el que difunto se creía
Estaba vivo, con su carne y hueso;
Y un gran volumen escribió para eso.

¡ Oh ! el folleto, el folleto es cosa buena !
¿ *Quis est tam vecors* (5) es decir, tan necio,
Que no pueda sin gran fatiga y pena,
Dar un folleto en que se hable recio
De la cuestión romana ó sarracena ?
Trate al Sultán y al Papa con desprecio ;
Trácele la política á la Francia,
Y hétele ya sujeto de importancia.

Como en aquellos tiempos, por fortuna,
(Otros dirán desgracia) en nuestra tierra
Lo mismo que de cuentos de la luna
Era hablar de política, de guerra,
Protocolos, alianzas, ni otra alguna
De esas cosas con que hoy se nos destierra
El fastidio ; nuestro hombre el grave asunto
De su muerte tomó cual texto y punto.

Después de hablar de aquello del letargo,
(Que explicaba á su modo) del olvido
De la novia en capítulo muy largo
Trataba ; y ese punto esclarecido
Dejó perfectamente. Se hizo cargo
De lo que habrían dicho y aun creído,
Y con copia de sólidas razones,
Refutó las contrarias opiniones.

Doña Serapia que, pasado el susto.
Volvió á la sala y recogió el escrito,
Lo comenzó á leer con rostro adusto ;
Pero á las pocas fojas, — ¡ Pobrecito ! —
Exclamaba, — ahi está, no por su gusto
Á mi Lola dejó, como el maldito
Del viejo aquel decía, ¿ y será cierto
Que el buen Don Bonifacio no haya muerto? —

Averiguarlo por sí misma quiso,
Y al letrado llamó con ese objeto,
Por medio de un recado muy conciso.
Acudió Bobadilla y un completo
Descargo dió de cuanto fué preciso.
— Pero ¿no está Usted muerto? — En gran secreto
Ella le preguntaba, y él decía:
— Si lo estuviera, no lo negaría. —

Cediendo á una razón tan convincente,
La Señora se dió por satisfecha.
El punto discutido largamente
De aquello de la boda, ya deshecha
En la misma sesión naturalmente
Por completo quedó toda sospecha;
Y de unión y de paz en testimonio,
Concertóse otra vez el matrimonio.

Como niña obediente y bien criada,
Lola acató la voluntad materna;
En la ciudad dió grande campanada
La noticia. Creíase en la eterna
Mansión al abogado. ¡Pues es nada
Un muerto que se casa! Sempiterna
Fué la charla, y algunos no creyeron
Sino cuando sus propios ojos vieron.

Ocho días después se hace la boda;
Del abogado el júbilo rebosa;
Media ciudad asiste, si no toda;
Admíranse las gracias de la esposa;
Lo único que á un amigo le incomoda,
Es que tiene apariencias de celosa;
Aconseja al marido duro trato,
Y que cuanto antes pueda, mate el gato.

Luce la novia un traje muy vistoso.
Sobre la enagua de *glasé* de plata
Brilla rico bordado primoroso
De fino material ; una ancha bata
De terciopelo azul, de un modo airoso
Abierta por delante y que se ata
Á la cintura, el peto descotado
Deja ver, con encajes adornado.

Como el traje no baja del tobillo,
Descúbrese al andar el pie ligero
Con el chapín de raso y el *palillo* (6).
Con aros de ballenas ó de acero
Formado el guardainfante, ó el tontillo,
Ahueca en derredor el traje entero.
El cabello empolvado, por supuesto,
Recogido hacia atrás y bien dispuesto.

Excusado es decir que se bailó
Y se sirvió un espléndido ambigú ;
Más de una bella dama allí lució
Sus brillantes y traje de tisú.
La orquesta (era fatal) acompañó
Á la novia las coplas del *Mambrú ;*
Y estando en lo mejor de la canción
Reventaron las cuerdas del violón.

Los jóvenes, con mucha cortesía
Sirvieron á las damas y cedieron
Los puestos de la mesa á lo que había
De más respeto en la reunión : bebieron
Con la moderación que se debía
Esperar de su clase, y no incurrieron
En falta de atención ó miramiento.
Se perdió aquella raza ¡ que lo siento !

Cuatro ó cinco señores de copete
Y unas cuantas señoras, á otra pieza
Pasaron, y extendiendo un gran tapete
Jugaron, (por supuesto con limpieza)
No sé si era al tresillo, al tenderete,
Ó si al *paro* más bien: pues con presteza
De uno en otro pasaban los doblones,
Sin susto de los ricos pelucones.

En fin, fué un casamiento muy sonado.
Hablóse de interés, de sacrificio,
De matrimonio por razón de estado,
Y un poeta ramplón, *chucán* (7) de oficio,
El casamiento del resuscitado
Escribió, y se firmaba Don Simplicio;
Una cuasi comedia pesadísima,
Que declararon todos graciosísima.

Fué la luna de miel de Bobadilla
Dulce y tranquila; en plácida ventura
Las horas pasan; ni una nubecilla
Cruza en la atmósfera serena y pura.
De aquella su locura ó pesadilla
Que el corazón en hórrida amargura
Le hundió, parece no quedar ni rastro.
Brillante luce de su dicha el astro.

¡Quién nos diría cuando sin sospecha
De la fortuna en brazos, anhelamos
La vida eternizar, que nos acecha
Pena traidora! La cabeza alzamos,
Y vemos ¡ay! la tempestad deshecha
Próxima á reventar! Las que forjamos
Dichas mentidas, glorias ideales,
Las van hurtando pérfidos los males.

Así Don Bonifacio, á la alegría
Abre su corazón, y sin cautela
En la fortuna cándido confía.
Goza del bien presente y no recela
Del porvenir; pero traidora, impía
La desventura tras sus pasos vuela,
Cual se verá de su funesta historia;
Y ¡ adiós ensueños de fortuna y gloria !

PARTE IV

¡ Qué cómodo, qué fácil y qué bueno
Es el darse hoy en día uno á poeta;
Ya en el estilo pastoril y ameno,
Ya embocando la épica trompeta!
Hay quién remeda el rebramar del trueno,
Quién las lamentaciones del Profeta,
Y quién, en trovas dulces y sencillas,
Canta como las tiernas avecillas.

Cualquiera de esos géneros, derecho
Á la gloria conduce. Por mi parte,
Yo todos los adopto y aprovecho,
(Ved la elasticidad cuánta es del arte)
Lo que más me conviene. No desecho
Ni aun lo trivial y bajo. Se comparte
Entre la entonación sonora y brava
Y el canto llano, mi real octava.

Cuando apenado estoy, lloro ó suspiro;
Cuando quiero reir, río contento;
Del estado de mi alma yo me inspiro,
La mina al explotar del sentimiento.
De alada mariposa imito el giro,
Que de una en otra flor pasa al momento;
No es mi Musa la abeja laboriosa
Que emplea un día en una sola rosa.

Siguiendo voy mi cuento poco á poco;
Y á mis divagaciones dando rienda,
Tal vez imito, sin saberlo, al loco
Que hace el primer papel en mi Leyenda.
Ya lasmemorias del pasado evoco;
Ya entremetiéndome en la actual contienda,
Las cosas y las épocas confundo;
« ¿ Que haya un orate más, qué importa al mundo? »

Ese pie se lo robo cuasi entero
Á otro loco sublime. ¡ Oh Espronceda !
¡ Qué temprano el riquísimo venero
Se agotó de tu numen! ¿ Qué nos queda
De tu genio fecundo y altanero?
Lo que basta no más para que pueda
Juzgar el mundo á dó habrías llegado,
Por el estro divino arrebatado

¡ Morir tan joven ; cuando la fortuna
Tal vez le sonreía placentera!
La tumba para algunos es la cuna
De la vida inmortal que les espera.
Para ésos no es la muerte ni importuna
Ni horrorosa quizá ; la lisonjera
Idea de dejar grata memoria,
Torna su lobreguez en luz y gloria.

Perdonadme, lectores, si mi vista
Cual la de quien prosigue un largo viaje,
Curioso observador, sabio, ó *turista,*
Por doquiera se esparce. Ve el paisaje,
El horizonte, el bosque, y como artista
Dibuja la pradera y el boscaje,
Y su marcha detiene de contino,
Perdiendo el derrotero del camino.

Como vuelve á buscar aquel viajero
Del bosque secular en la espesura
El que perdió estrechísimo sendero;
Así mi mente reanudar procura
La interrumpida narración. Yo quiero
Seguir la pista hasta la sepultura
Al hombre de quien soy cronista fiel;
Y si es preciso, moriré con él.

Le habíamos dejado, lo recuerdo,
En su tranquilo hogar bien instalado;
Dichoso, cuanto cabe, sano y cuerdo,
Ejerciendo su oficio de abogado
En el cual, por lo visto, no era lerdo.
Pasaba el tiempo, y más enamorado
Estaba cada día de su esposa,
Que era, como va dicho, muy graciosa.

No bien puso sus lares la muchacha
En el hogar doméstico y el fardo
Del menaje cargó, muy vivaracha
Se comenzó á mostrar. Como el Rey sardo
Corteja á Garibaldi, y como agacha
Humilde la cabeza un joven bardo
Al escuchar el nombre de Zorrilla,
La corteja y la acata Bobadilla.

Claro ingenio la dió naturaleza;
Pero criada en ignorancia suma,
Ya sea por incuria ó por pereza
Apenas sabe manejar la pluma.
El abogado intenta la proeza
De disipar aquella espesa bruma
En que envuelta su noble inteligencia
Ha estado por veinte años; ¡qué paciencia!

Quiere enseñarla á traducir latín;
Mas ella ni se presta ni se da,
Y siempre le contesta que « buen fin
La mujer que lo sepa no tendrá. »
Él insiste, y se arma un San Quintín,
Un *casus belli*, y se conforma ya,
No sin grave dolor del corazón,
Con que Lola no entienda á Cicerón.

Mientras ella devana el hilo ó seda,
Hace que el pobre tenga la madeja
Y le riñe impaciente si se enreda.
El buen Don Bonifacio no se queja.
Riyéndose á sus solas ella queda
Y dice :—Pues que no casó con vieja,
Sino con moza de gentil talante,
Haga paciencia el viejo y que me aguante. —

Siempre atento á su gusto ó su capricho,
Él busca sin cesar las ocasiones
De complacerla. Sabe que se ha dicho
Que en la casa « ella lleva los calzones, »
Y que no falta algún maligno bicho
Que cuenta que le da de bofetones
Si intenta resistir sus veleidades ;
Mas no hace caso de esas necedades.

Tiene Lola una amiga de la infancia,
De su edad más ó menos; (¿ quién de cierto
Sabe nunca esas cosas?) La constancia
De la amistad aquella yo no acierto
Á comprender, por una circunstancia.
No hay en sus genios el menor concierto.
¿ Veis al Austria y la Italia? Todavía
Es entre ellas menor la analogía.

Es seria y melancólica Cecilia;
De estatura elevada; cuerpo y cara
Cuasi perfectos. Ya de su familia
Solo el padre quedó, Diego de Lara,
Honrado comerciante, á quien auxilia
Bobadilla en un cobro que repara
Su fortuna bastante quebrantada,
Por cierta empresa que quedó frustrada.

Grave Cecilia y Lola muy festiva,
Siempre en contradicción y siempre unidas:
El tiempo pasa y su amistad se aviva.
Á quererse y sufrirse decididas,
La llama de su afecto más se activa
Á pesar de las recias embestidas
Que ya le dió de la discordia el viento,
Se amortigua y renace en un momento.

Cuando el letrado pretendió la mano
De Lola, fué Cecilia consultada;
Dió un voto afirmativo liso y llano,
Y la amiga quedó muy enojada.
—¡Qué! ¿tan poco merezco que á un anciano
Me quieres ver así sacrificada?—
Aconsejóla entonces no lo hiciera;
—Ya, quieres verme envejecer soltera.—

Casóse al fin, é igual intimidad
Entre las dos amigas subsistió;
En el paseo, en la festividad,
Se las ve juntas, á una sola, no.
Que de aquella estrechísima amistad
Bobadilla también participó
Excusado es decirlo; forman pues,
Un triángulo equilátero los tres.

Todo marchaba bien; pero el demonio
Que nunca duerme, atravesó su cola
Por echar á perder el matrimonio
Del buen Don Bonifacio y Doña Lola.
Si levantaron falso testimonio,
Ó si la cosa fué rodando sola
No se sabe muy bien; pero celosa
Como una tigra se volvió la esposa.

Opuestas en deseos y opiniones
Se las notaba con mayor frecuencia.
Lola empezó á evitar las ocasiones
De encontrar á Cecilia en la presencia
De Bobadilla, cuyas intenciones
Rectas y puras, ella en su imprudencia
Acusaba tenaz con injusticia,
En él no habiendo sombra de malicia.

Del amor compañera inseparable,
Pasión feroz que el corazón tritura,
Los celos! Desgraciado, miserable
Quien de ese acíbar prueba la amargura!
Tormento roedor, interminable,
Que martiriza el alma y la tortura;
¿ Serás, como lo dice un moralista,
Un amor propio necio y egoísta?

El origen tal vez importa poco;
El escéptico Duque (1) lo envilece
Como otras muchas cosas. ¿ Es un loco
El celoso? Si no es, que lo parece
Creo. Yo en esa clase lo coloco,
Viendo cómo delira y se enfurece.
¡Ah! Si pudiera, ¡qué monografía
De esa extraña demencia aquí os daría!

Pero no puedo; desgraciadamente
Allá en mis verdes años muchas cosas,
Me propuse aprender; mas velozmente
El tiempo se ha pasado; las odiosas
Arrugas luego surcarán mi frente:
Ya las canas acuden presurosas;
Pronto mis cuarenta años cumpliré
Y « solamente sé que nada sé. »

Y ni eso sé muy bien; si lo supiera,
Es claro cual la luz que algo sabría
Y el apotegma mentiroso fuera,
Pues por su propia base pecaría.
Para expresaros mi ignorancia entera
Usé de aquella frase, que no es mía.
Muy sabio, á la verdad, debió haber sido
El que escribió ese gran contrasentido.

Celosa la mujer de Bobadilla,
Por amor propio ó por amor ajeno,
(En eso no me meto;) ella acribilla
Á su marido, que es un hombre bueno
Y aun incapaz de la menor faltilla.
Si nombra él á Cecilia, con un trueno
Responde ella y le grita:—Obsceno, viejo,
Matusalén con humos de cortejo.—

Estando así las cosas, cierto día,
(Quizá el destino ciego lo depara)
Á ver un almacén ó joyería
Que acababa de abrirse, Diego Lara
Lleva á Cecilia. Lola, que quería
Ver tanta prenda primorosa y rara
Que se dice contiene el almacén,
Con su marido acude allá también

Don Diego y Bobadilla, cortesmente
Al encontrarse, luego se saludan,
Las jóvenes, con aire indiferente,
Y aun hay quien cree advertir que se demudan.
Pasan de uno á otro objeto prontamente;
Piden, ofrecen, regatean, dudan;
Cecilia ve un riquísimo collar
De finas perlas y lo va á comprar.

—¡Quinientos pesos! Precio harto subido
Es, hija mía, dícela Don Diego,
Para quien como yo tanto ha perdido;
Desiste de esa compra, te lo ruego. —
El hermoso collar apetecido
Cecilia sin hablar devuelve luego;
Pero triste los ojos ya no aparta
De la magnífica y costosa sarta.

Atenta estuvo Lola á aquella escena,
De la cual no perdió punto ni coma;
Y al ver de su ex-amiga la honda pena,
Su maligna alegría al rostro asoma.
Parten Diego y Cecilia; muy serena
La rica sarta de las perlas toma
Y sin pedir rebajas al tendero,
La guarda y dice: —Ya enviaré el dinero. —

Á punto de abrazar allí á su esposa
Estuvo el inocente del marido;
Salen y dícela: — Alma generosa,
¿Cómo es que comprenderte no he sabido?
Mucho más que esa joya tan preciosa
Vale tu corazón; — y enternecido
Casi llora del gozo en el exceso;
Y ella dice: — ¿qué viene á ser todo eso? —

—¡Pues qué! ¿piensas tal vez que no comprendo,
Dice Don Bonifacio, que advertiste
Lo que Cecilia estaba allí sintiendo
El no adquirir las perlas ? Decidiste
Comprarlas para ella, y.... — Un tremendo
Grito dió Lola, y dijo : — Cosa triste
Es tener un marido tan caballo;
Yo, regalarlas á....¡ mejor me callo !—

Como el que ve caer un espantoso
Rayo á poca distancia de repente
Y ni se mueve ni habla temeroso,
Pintado el miedo en la amarilla frente;
Así se queda el infeliz esposo
Con aquel golpe rudo y contundente;
Sin atreverse á pronunciar vocablo,
Como una monja á quien se asoma el diablo.

No volvió á hablar de las famosas perlas
Y además juró á Dios y á su conciencia
No levantar los ojos para verlas,
Tan medroso quedó con la ocurrencia.
Moría en tanto Lola por hacerlas
Ver á Cecilia; un día de asistencia
En Catedral, en la Semana Santa,
Adornóse con ellas la garganta.

La supuesta rival, con su mantilla
Mezclada estaba en el concurso vario;
Cuando entró la mujer de Bobadilla
Alzó los ojos del devocionario
Y los fijó en la espléndida soguilla.
Alguno creyó ver que su rosario
Mordió; en su rostro se pintó el coraje;
Pero en silencio devoró el ultraje.

Lolita aprovechó las ocasiones
De mostrar á Cecilia la presea;
En saraos, banquetes, procesiones
Con ella se engalana y pavonea.
—¡ Qué perlas! dicen todos; mil doblones
Valen, lo menos; un caudal emplea
Bobadilla en alhajas de su esposa;
¡ Qué joya tan magnífica y costosa! —

Mas luego sucedió que con el uso,
Pues siempre Lola andábalas llevando,
(En todo peligroso es el abuso)
El hilo del collar se fué gastando.
Para ir á cierto baile se lo puso,
Y cuando más contenta iba danzando
Reventóse, las perlas se salieron
Y entre el gentío inmenso se esparcieron.

Lanzó la joven de dolor un grito,
El marido acudió con sobresalto;
Mirándola quedóse de hito en hito,
Pálido de terror, de aliento falto.
— Busca mis perlas; búscalas, ¡ maldito! —
Dijo la esposa, y hacia atrás un salto
Al oirlas nombrar dió Bobadilla,
Cayó de espaldas y rompió una silla.

Ríe á más no poder la concurrencia,
Celebrando lo cómico del lance;
De la esposa el dolor y la impaciencia,
Del marido el ridículo percance.
Cecilia estaba allí. La indiferencia
Más completa mostró en tan feo trance;
Pero mi suspicacia sí sospecha
Que estaba en su interior muy satisfecha,

Desde el día siguiente, cartelones
Aparecen en todas las esquinas;
Ofrece Bobadilla cien doblones
Al que le entregue aquellas perlas finas.
Da encargos en tabernas y mesones;
Van y vienen amigas y vecinas,
Y por fin, ¡qué fortuna la de Lola!
Todas se hallaron, no faltó una sola.

El bueno del marido presuroso
Acude á un entendido lapidario,
Que es también un platero muy famoso;
Llamado (¡ feo nombre !) Candelario.
Es un tercero viejo y achacoso,
Muy hábil, aunque un poco estrafalario;
Medio bizco, sin dientes, contrahecho,
Con el apéndice de un gran *güegüecho*. (2)

En un momento colocó las perlas
Ño Candelario; (3) y cuando Bobadilla
Pasó al siguiente día á recogerlas,
Encontró ya arreglada la soguilla.
— Me ha parecido bien, dijo, ponerlas
En vez de seda, de hilo, ó de *pitilla*,
De violón una cuerda; ahorcar podría
Á su mujer y no se rompería. —

Con una estrepitosa carcajada,
Á la que unió el güegüecho su ronquido
Celebró aquella chanza tan pesada
El insensato viejo. Confundido
Quedóse Bobadilla; atravesada
Como un clavo en el fuego enrojecido
Sentía aquella frase tan terrible;
¡Presentimiento atroz, incomprensible!

¡Oh del destino bárbara influencia!
Un objeto quizá insignificante
Las condiciones de nuestra existencia
Viene á cambiar. El hombre, ese gigante
Rey de la creación, su omnipotencia
De que se jacta necio, delirante,
Ve reducida á nada en un momento,
Por una arena que se lleva el viento.

No toquemos sucesos del dominio
Del hondo porvenir; ni anticipemos
Cómo aquel espantoso vaticinio
Cumplido llegó á verse. Seguiremos
En su senda de horror y de exterminio
Al destino fatal, y encontraremos
En todo el curso de esta historia triste,
Que á esa ciega deidad nada resiste.

PARTE V

Á Bobadilla con tenaz empeño
El atormentador presentimiento
Acosaba; despierto, ó en el sueño,
Tranquilo no se hallaba ni un momento.
No ya, como antes, plácido y risueño
Se le veía; grave pensamiento
Rodaba sin cesar en su cabeza,
Cubriendo su alma de mortal tristeza.

¿Qué es el presentimiento? Fácilmente
De esta palabra alcanzará el sentido
Quienquiera la medite brevemente,
Por muy poco latín que haya aprendido.
Con anticipación el alma siente
Impresiones que el cuerpo aun no ha tenido;
Rarísimo fenómeno, por cierto,
Que, como tantos, á explicar no acierto.

«Involuntaria é íntima emoción
Por la cual nos es dado descubrir
Anticipadamente una afección
Del organismo.» Tal, en el sentir
De un escritor de gran reputación
Es el presentimiento. ¿Queréis ir
Su voto á consultar que da la ley
En la cuestión? Pues es Monsieur Virrey.

No me alcanzan ni el tiempo ni el espacio
Para exponer del sabio la doctrina.
Vuelvo á mi narración, que harto despacio
Hacia su desenlace se encamina.
En su alma el infeliz Don Bonifacio
Pensamientos de muerte y de rüina
Abrigaba no más desde aquel día
En que oyó que á su esposa ahorcar podría.

La horrible idea desechar procura
En vano; en medio de falaz delirio,
Vió una noche la pálida figura
De una mujer; la palma del martirio
En el pecho; cubría sombra oscura
Su rostro; y á la luz de rojo cirio
Que lanzaba su cárdeno destello,
Vió alguna cosa en torno de su cuello.

Don Bonifacio en vano se afanaba
Por descubrir del rostro las facciones;
El velo funeral las ocultaba.
Horrorosas, mortales contorsiones
Hacía la figura; y escuchaba
El infeliz las lentas vibraciones
De una voz que clamaba en sus oídos
«¡Perdón!...» entre lamentos y gemidos.

Lentamente la voz se fué alejando,
Y con ella también la misteriosa
Visión aérea. Pálido, temblando,
Bobadilla á la alcoba de su esposa
Se dirigió. Encontróla sollozando,
Y dijo al despertar que una horrorosa
Pesadilla oprimíala cruelmente;
Mas se negó á explicar el incidente.

Y sucedió que desde aquel momento
Tranquilidad no tuvo ya Dolores;
Cayó en el más profundo abatimiento;
Se apagaron del rostro los colores;
Un mal interno, roedor y lento
La comenzó á minar: sabios doctores
Que convocados fueron á consulta,
No comprendieron la dolencia oculta.

Así pasaba un día y otro día,
Y para el mal no había ya remedio;
Pues de aquella fatal melancolía,
De aquel horrible, inexplicable tedio,
La esposa del letrado se moría.
Éste no perdonó esfuerzo ni medio
Para salvarla; pero nada pudo
Evitar del destino el golpe rudo.

Una noche, sentado junto al lecho
De la infeliz esposa, triste llora
Y ahoga sus gemidos en el pecho
Don Bonifacio. Aquélla se incorpora
De repente y le dice: — « Yo sospecho
Que está próxima ya mi última hora;
Perdóname si acaso por desgracia
Te he ofendido, y concédeme una gracia. »—

— « Tu deseo es mi ley, » — el abogado
Responde, y ella añade:— « Yo me muero;
Ese collar de perlas que he llevado
Últimamente, que se ponga quiero
Dentro de mi ataúd, y sepultado
Conmigo sea. Que este postrimero
Voto que hago en este trance duro
Sea cumplido! » — « Lo será, lo juro, » —

Contestó Bobadilla. La cabeza
De Dolores cayó sobre la almohada.
Los labios mueve y lentamente reza
La plegaria final. La sosegada
Agonía, tras breve rato empieza;
Y una hora después, yerta, extenuada,
Cual débil planta por el rayo herida,
Dolores en el lecho está sin vida.

Como férreo puñal, la pena aguda
Traspasa á Bobadilla; su espantosa
Desgracia ve, y aun al mirarla duda
Si es sueño ó realidad; en su horrorosa
Aflicción no hay consuelo que le acuda.
Al lado del cadáver de su esposa
La noche pasa y el siguiente día,
En desesperación muda y sombría.

Al celebrarse el funeral pomposo,
Sin escuchar la voz de la prudencia,
Don Bonifacio acude pesaroso.
Á la que fué la luz de su existencia
Quiere seguir el desgraciado esposo
Hasta el sepulcro. Entre la concurrencia
Numerosa, pero harto indiferente,
Apareció en el templo de repente.

Cerca del féretro cayó de hinojos;
Abierto está y en él en paz, tranquila,
Duerme la pobre Lola. Alza los ojos
Don Bonifacio, y tiembla, se horripila
Al ver aquellos lúgubres despojos.
Escucha el *Dei iræ, dies illa*,
Y en voz aterradora y convulsiva
Exclama: — « ¡ Deteneos, está viva! » —

Suspéndese al momento el funeral:
Quedan todos helados de terror
Y Bobadilla añade: — « Ese mortal
Despojo que allí veis, es la exterior
Envoltura del alma angelical
Que siento ya vivir en mi interior.
Vive, sí, vive en mí la que yo adoro; » —
Y rompe el desdichado en triste lloro.

Dicen todos: — « la pena le enloquece; » —
Á su casa le llevan, con no poca
Dificultad; mas su demencia crece.
Afirma que la ve, la oye, la toca,
Y que aunque á todos muerta les parece,
Habita en su interior. La misma loca
Perturbación que le acosaba extraña
Cuando murió á sus manos Juan Araña.

Cuatro días después de sepultada
La muerta esposa, vuelve al aposento
Bobadilla; dirige una mirada
En derredor; un estremecimiento
Horrible siente... ha visto la olvidada
Sarta de perlas! El remordimiento
Su entristecido corazón comprime;
Y sobre aquella alhaja llora y gime.

Disculpa no hay para su ingrato olvido,
Y la promesa que violó perjuro
Con acento apagado, conmovido,
Su esposa le recuerda. — « Te lo juro, » —
Repite á cada instante; y en su oído
Resuena aquella voz, que del oscuro
Sepulcro donde yace el cráneo hueco,
Parece ser aterrador un eco.

Cuando, pasado el riguroso duelo,
Por la primera vez sale de casa
El espectáculo de tierra y cielo
Su contristado corazón traspasa.
Brilla sereno el sol; tiende su vuelo
Rápido, el ave que ligera pasa;
La brisa matinal beben las flores
Y ostentan sus purísimos colores.

Lloran los tristes, ríen los dichosos,
La ciudad se engalana y atavía,
Los pastores conducen presurosos
El ganado á la verde pradería;
De hacer nada se ocupan los ociosos,
Por ganar más, el rico estira el día;
— « Nada ha cambiado, todo está lo mismo! » —
Él exclama en su cándido egoísmo.

Cuando en nuestra alma reina la tristeza,
Cuando abrigamos un pesar profundo,
Queremos ver á la naturaleza
Vestir de luto, y que comparta el mundo
La pena que nos roe. ¡ Qué simpleza!
Un individuo muere por segundo (1),
Y que de cada cual el duelo hiciera
La pobre creación; ¡ gracioso fuera!

Pero, como otros muchos, egoísta,
El buen Don Bonifacio, sin trabajo
Se persuade que aquel que le contrista
Dolor agudo, desde Dios abajo
Todos sentir debieran. Con la vista
Fija en el suelo, mustio, cabizbajo,
Se vuelve á su retiro, y entre dientes
Dice con voz colérica : — « ¡ Indolentes ! » —

Cree su dolor eterno, porque olvida
Que el tiempo nuestras llagas cauteriza
Y que con ese bálsamo la herida
Más profunda se cierra y cicatriza.
¿Qué sería, sino, la humana vida?
Nada, por nuestra dicha, se eterniza;
Breves son las venturas y los males
Que en la tierra probamos los mortales.

El que infinito su dolor figura,
El que cree que por siempre huyó la risa
De sus labios, y juzga su amargura
Interminable, por la ley precisa
Que gobierna á la humana criatura,
Que así las penas cual las dichas sisa,
Ve sus caras memorias olvidadas
Y al fin vuelve á reir á carcajadas.

Bobadilla á la calma poco á poco
Volviendo va; de la amistad escucha
La voz prudente; pero el pobre loco
Cree sentir en su interior la lucha
De las dos almas. Ni diré tampoco
Que se olvidó de Lola; grande, mucha
Es todavía su punzante pena;
Pero su alma la afronta más serena.

El alma de su esposa le aconseja
Resignación; y entonces más tranquilo
Está; pero otras veces dura queja
Aquella alma hace oir, y agudo el filo
Del puñal del dolor herido deja
Su triste corazón. — «¿Por qué el asilo
De tu alma á la mía has ofrecido,
Dícele, y la condenas al olvido?» —

Una tarde, Noviembre comenzaba,
Batía con violencia el norte frío,
Del sol la viva luz interceptaba
De pardas nubes pabellón sombrío.
Como un sudario fúnebre ocultaba
Espesa niebla ¡ lúgubre atavío!
Las calvas cimas de los dos más grandes
Volcanes de esta parte de los Andes.

Don Bonifacio por la vez primera
Va á visitar el sitio do reposa
La que fué de su suerte compañera.
Ve una corona de amaranto y rosa
Sobre el sepulcro; adivinar quisiera
Cuál ha sido la mano cariñosa
Que llevó aquella misteriosa ofrenda,
Tal vez de afecto y de amistad en prenda.

Inclinóse á besar las mustias flores;
Y al levantar del suelo la cabeza,
Del sol á los postreros resplandores
Cruzar vió una mujer; mas con presteza
Perdióse entre las tumbas. Sus dolores
Más crueles, su pena y su tristeza
Renovados, quizá instintivamente,
Al ver aquella sombra en su alma siente.

Volvió solícito al siguiente día
Por ver si la corona, ya marchita,
La mano amiga á renovar iría;
Mas no vió á nadie, y aunque la visita
Repitió muchas veces con porfía,
Todo fué inútil. Más y más excita
Su interés la romántica aventura
Y su misterio comprender procura.

De Lola el alma, sin saber por qué,
Severa juzga aquel extraño afán;
Al escuchar su voz, — « No volveré, » —
Dice Don Bonifacio, y así van
Los días transcurriendo. — « Yo no sé,
Añade pensativo, por qué están
Estos impulsos combatiendo en mí,
Desde que aquella aparición yo ví.

La visión misteriosa á sí me atrae;
Pero el alma de Lola me reprende.
Aquel deseo, lánguido decae
Y vuelve á renacer; sólo suspende
Sus impulsos violentos, mas no cae
Vencido; vive y más y más se enciende
El amoroso y púdico incentivo
Dentro mi pecho, halagador, activo. » —

Una noche al deseo no resiste
Y al cementerio va Don Bonifacio.
De la amarilla luna la luz triste
Débil se pierde en el etéreo espacio.
Acércase al sepulcro; mas desiste...
Vuelve otra vez... avanza muy despacio
Y ve sobre la tumba reclinada
Una mujer que reza arrodillada.

Bobadilla se acerca lentamente,
Sin hacer al andar leve ruido;
Nota que á pocos pasos, casi en frente
Del sepulcro, está un hombre, que no ha oído
Que él se aproxima. En voz grave y doliente
Dice : — « Bendita tú que aquí has venido
Á orar por la infeliz que sin familia... » —
La arrodillada le miró... — « ¡ Cecilia ! » —

Gritó Don Bonifacio, y aterrado
Con ambas manos se cubrió la cara.
El otro ya se había adelantado
Hacia él; era el padre, Diego Lara.
Tendió la diestra mano al abogado
Y díjole tan sólo « no extrañara
Que quien á Lola había amado tanto,
Esa tumba regase con su llanto. »

Guardan los tres silencio, que la pena
Como un dogal oprime la garganta.
Levántase Cecilia y más serena
Hacia Don Bonifacio se adelanta.
— « Su alma era pura, candorosa y buena,
Dice, espero que Dios allá en su santa
Gloria la premiará con la corona
Inmortal con que al justo galardona. » —

Sin alzar la cabeza, que rendida
Parece por un grave pensamiento,
Don Bonifacio escucha la sentida
Plegaria de Cecilia. Hace un violento
Esfuerzo y la contesta : — « Esa querida
Alma conmigo está desde el momento
En que salió del cuerpo. Horrible lucha... » —
Mira en su derredor... nadie le escucha.

Ya Cecilia y Don Diego están distantes.
El infeliz letrado hacia su casa
Se dirige con pasos vacilantes.
Cual dardo agudo aquella voz traspasa
Su corazón. De mil extravagantes
Sueños, la turba por su mente pasa;
Y pronuncia palabras sin sentido,
De horribles pesadillas oprimido.

Rodeada de vivos resplandores,
Ceñido el cuerpo de estrellado manto,
Ve bajar la figura de Dolores;
La guirnalda de rosas y amaranto
En la mano. Á Cecilia con las flores
Ciñe el cuello... Mas luego, con espanto,
Ve la corona en su garganta hundida
Y en un collar de perlas convertida!

Al despertar, un grito penetrante
Lanza Don Bonifacio. De su lecho
Salta, y acongojado, delirante,
Lleva la mano á su oprimido pecho.
De su esposa cree ver aún el semblante
Frío y tranquilo. En lágrimas deshecho,
Grita : — « Perdón para ella yo te pido;
Perdón para ella, » — y cae sin sentido.

PARTE VI

Un gravísimo escrúpulo me asalta
Al llegar á esta parte de mi cuento;
Y es que, incurriendo en una enorme falta,
Olvidado dejé el fallecimiento
De una de las personas de más alta
Importancia en la historia. En el momento
Mis lectores habrán adivinado
Que aludo aquí á la suegra del letrado.

Aunque no soy un ciego partidario
De todo aristotélico precepto,
Ni juzgo indispensable y necesario
Seguirlo servilmente; en mi concepto,
Á no ser uno un hombre estrafalario,
Guardará ciertas reglas; y yo acepto
La de que un personaje introducido
En el drama, no quede en el olvido.

Se debe de decir precisamente
Cuál fué su paradero; y si se hace
Necesario que muera, consiguiente
Es que antes de llegar al desenlace,
Se diga si se ha muerto de repente
Ó de un antiguo mal; y un *aquí yace*
De sobra no estará, ya que el más zafio
Quiere tener ahora un epitafio.

Y así, para evitar reclamaciones
De algún pariente en grado cuadragésimo
De la suegra, diré que á los pulmones
La dió un ataque de carácter pésimo,
Y pasó en paz de Dios á las regiones
De la muerte, en el año octogentésimo
De su edad, consolada con que Lola
No quedaría ya huérfana y sola.

Dispénsenme los deudos si lacónico
Les parece tal vez el panegírico;
Yo pasaría acaso por irónico
(Y lo que menos quiero es ser satírico,)
Si en un lenguaje altisonante, eufónico,
Arrebatado de entusiasmo lírico,
Preguntase á los tiempos ya pretéritos
De aquella anciana los escasos méritos.

Vuelvo á buscar el hilo que he perdido
En esta enredadísima madeja;
Y concluiré, conforme á lo ofrecido,
Mi historia con ribetes de conseja.
Me dé perseverancia á Dios le pido,
Y á mi lector paciencia; pues no deja
De asaltarme el majín duda tremenda
De si dará yá al diablo la Leyenda.

En el suelo tendido largo á largo
Recuerdo que dejé al protagonista
En el trance durísimo y amargo
De ver aparecer ante su vista
Una escena espantosa. Del letargo
Vuelve muy lentamente; aun le contrista
El recuerdo fatal, al otro día,
De la visión que creó su fantasía.

Mas ¡ fenómeno extraño ! la execrable
Pesadilla produce un repentino
Interés misterioso, inexplicable,
En su alma por Cecilia. Su destino
Tiránico, inflexible, inevitable,
Le hace pensar en ella de contino ;
Mas no es aquel amor puro y ardiente
Que Lola le inspiró lo que ahora siente.

Es cierta propensión indefinible
De que no se da cuenta ni á sí mismo,
Que le impele con fuerza irresistible,
Como aquel que á la orilla de un abismo
Por efecto de un vértigo, al temible
Fondo se lanza. ¡ Extraño magnetismo
Que de ciertos objetos la presencia
Ejerce por recóndita influencia !

De Cecilia el recuerdo le fascina
Y acaricia la idea halagadora ;
El alma de Dolores acrimina
Aquella inclinación ; humilde implora
Su perdón Bobadilla, y determina
Huir de aquella maga tentadora.
Todo es duda, temor, vacilaciones,
Entre sus dos opuestas propensiones.

El padre de Cecilia la marea
De sus apuros ve crecer ; de Omoa
Despacha unos añiles, y con fea
Astucia unos piratas, por la proa
La embarcación atacan (la « Amaltea,»)
Muy cerca de la costa ; una canoa
Recoge al Capitán, que se echa á nado,
Y el buque en un momento es saqueado.

Por colmo de su mal perdió el litigio
Que Bobadilla había dirigido
En un tiempo. Muchísimo prestigio
Tenía su deudor; habría sido,
Según todos, grandísimo prodigio
Ganar un pleito á un hombre tan querido,
Cuyo alto valimiento é influencia
Eran omnipotentes en la Audiencia.

Ya pues la aterradora bancarrota
Veía aproximarse Diego Lara:
Y aunque no, á la verdad, la fea nota
De fraudulento su opinión manchara,
Cuando ve el infeliz que se le agota
Todo arbitrio y que ya nadie le ampara,
Se va poniendo triste, macilento,
Y cae en un profundo abatimiento.

Al saber situación tan aflictiva,
Hace Don Bonifacio el sacrificio
(¡ Alma benéfica y caritativa !)
De buscar á Don Diego. — « Si un servicio
Puede prestarle, dice, con activa
Diligencia, en las cosas de su oficio
Le auxiliará sin interés alguno. » —
¡ Recurso inesperado y oportuno !

¡ Cómo nos engañamos ! El oculto
Interés se disfraza con falacia.
Servir creía aquel jurisconsulto
Á Don Diego de Lara en su desgracia
Sólo por compasión ; un grave insulto
Le haría quien dijese, *verbigracia :*
— « Usted, Señor Letrado, á quien auxilia,
Á Don Diego no es, sino á Cecilia. » —

Y así era ciertamente, sin embargo.
Agregad ese caso á vuestro acopio,
Al catálogo, ya bastante largo.
De las astucias de nuestro amor propio.
La conciencia tal vez nos hace cargo
De obrar por interés; mas con el opio
De nuestra vanidad ella se aduerme,
Se embota su aguijón y queda inerme.

Así, cuando la voz triste y severa
De Lola, el abogado percibía,
Su escondido interés que no la oyera
En el fondo de su alma le decía.
Acabó por ceder. La lisonjera
Sirena que su espíritu veía
Dibujarse falaz, fascinadora,
Con su voz le encantó falsa y traidora.

Como el reo que, puesto ya en capilla,
Escucha la palabra de perdón,
Así Don Diego oyó de Bobadilla
La voz consoladora en su aflicción.
La luz de la esperanza pura brilla
Á sus ojos; de todo corazón
Aceptó del letrado los favores,
Y le entregó la lista de acreedores.

De uno en uno los ve Don Bonifacio;
Á éste pide convenga en una quita;
Á otro una espera; á aquél el cartapacio
Le enseña de las deudas, y le excita
Á recibir lo que hay; en el espacio
De un mes todo lo allana y expedita;
El crédito de Lara al cabo afirma
Comprometiendo en parte hasta su firma

— « ¡ Eso es lo que se llama hacer favor ! » —
Dicen todos, « ¡ qué noble proceder ! » —
Las manos besa de su bienhechor
Don Diego ; ve sus lágrimas correr
Don Bonifacio, y dícele : — « Señor,
Es nada lo que yo acabo de hacer ;
Sólo la voz de la amistad he oído » —
Y en llanto se desata enternecido.

¡ Así es el mundo ! Conformarse es fuerza.
¿ Dó está el hombre tan falto de egoísmo
Que alguna vez la caridad ejerza
Con abstracción completa de sí mismo ?
No es que maligno la virtud yo tuerza ;
Si hay alguno, será un anacronismo
En nuestro siglo *de oro ;* no habrá dos ;
Y yo le adoraria como á un Dios.

Las visitas hacíanse frecuentes,
(Ya se vé, si el negocio lo exigía)
De Bobadilla á Lara ; á diferentes
Horas á casa de éste concurría,
Pues que no le faltaban muy urgentes
Asuntos hasta tres veces al día ;
Y allí estaba quizá de cuando en cuando
La joven, ya cosiendo, ya bordando.

El letrado apuntó sus baterias
Derechas hacia el alma de Cecilia ;
Don Diego con sus muchas cortesías,
Aunque indirectamente, las auxilia.
Tiembla al pensar que acaso de sus días
Después, la pobre joven sin familia
Se quedará, sin que haya quien la tienda
Amiga mano y su orfandad defienda.

Cecilia no acogió con repugnancia
Aquellas pretensiones del letrado.
Viéndolo bien, no es tanta la distancia
De sus edades; sano y conservado
Está Don Bonifacio; la constancia
De su afecto la jura enamorado,
Y como las sirvió con tan activa
Diligencia, no cabe negativa.

Pero pasa semana tras semana,
Y aunque ya en su interior muy decidida
Está Cecilia, dícele que es vana
Su porfía, y agrega que su vida
Por consagrar entera ella se afana
Á su padre, ya anciano, de quien cuida
Y á quien ella ama con amor profundo,
Como no piensa amar á otro en el mundo.

Se llama eso cubrir el expediente
Y al torcido no dar una su brazo.
¿Quién al abrir la boca un pretendiente
Le contesta que sí sin embarazo,
Por más que lo desee interiormente?
La menos ducha pone un breve plazo,
Y la que es muy corrida y muy astuta
La negativa da más absoluta.

Don Bonifacio no se desalienta
Con esas excepciones dilatorias;
Por el contrario, su pasión aumenta.
Al oir que son vanas é ilusorias
Sus esperanzas, de ello no se afrenta;
Insta, ruega, porfía; transitorias
Centellas de favor divisa al lejos
Y corre tras la luz de esos reflejos.

Cuando había pasado cuasi un año,
Cecilia una mañana se decide
Y le dice: — « Señor, yo no lo engaño;
No lo puedo querer; lo que me pide
Es imposible. » — De un furor extraño
Da muestras Bobadilla; se despide
De Cecilia, y le dice con violencia:
— « Pondrá fin un trabuco á mi existencia. » —

Aterrada quedó con la amenaza
La pretendida, y dice: — « ¡ Ave María!
No es para tanto; mucho me embaraza
Con eso del trabuco. ¿ Qué diría
El público? » — Por fin resuelta abraza
Su partido y agrega: — « Su porfía
Me vence; ser su esposa determino,
Para evitar tamaño desatino. » —

No era Cecilia astuta ni coqueta,
Y sólo cierto femenil instinto
La hizo recurrir á tanta treta
Y en aquel intrincado laberinto
Envolver al letrado. Ya completa
La consabida farsa, muy distinto
Era su proceder con Bobadilla,
Mostrándose amorosa y aun sencilla.

El matrimonio se verificó
Sin que ocurriese cosa de contar.
La gente, sin embargo, murmuró:
¿ Cómo el *pelorio* había de faltar?
Si el novio dijo, si la novia habló,
Si hay grandes donas, si es de codiciar
El marido, y demás habladurías
De ley en los primeros ocho días.

Pasan éstos, y en lo íntimo del pecho
Bobadilla á sentir cierto aguijón
Empieza; no está ya muy satisfecho;
Escucha una interior reconvención
Que le dirige Lola. Lo que ha hecho
Ella acrimina como vil acción,
Le llama ingrato y su furor estalla;
Y él, por más que hace, aquella voz no acalla.

En un profundo abatimiento cae
Y de su esposa evita la presencia;
En su cuarto de estudio se retrae
Y aunque afecta una grande indiferencia,
Se ve bien que su alma se contrae
Á un pensamiento grave. Con paciencia
Sufre Cecilia, aun cuando la disgusta
Ver siempre aquella cara triste, adusta.

Don Bonifacio una semana entera
Pasado había sin probar el sueño;
Y comiendo muy poco, preciso era
Que le asediase con mayor empeño
Su manía, y su alma dispusiera
Á fascinarse con lo más pequeño.
En tal disposición, muy peligrosa,
Pasa una tarde al cuarto de su esposa.

De estar sola Cecilia fastidiada,
(Tres días hace que no ve á su esposo)
Recorre el aposento y admirada
Repara en un estuche primoroso
De una madera rara, é incrustada
De nácar y carey; mueble curioso
Que estaba en una cómoda escondido
Y del cual no le hablara su marido.

En su curiosidad, averiguar
Quiere lo que contiene la cajilla;
Ábrela, y ve un riquísimo collar
De perlas. Al momento la soguilla
Conoce que intentó un día comprar
Y que adquirió en seguida Bobadilla
Para Lola. Contempla aquella alhaja
Con dolor, y á volverla va á su caja.

Pero ¡suerte fatal! De aquellas perlas
El bellísimo oriente la fascina;
Las acerca á sus ojos para verlas,
Y, por coquetería femenina
Ú otro motivo, ocúrrele ponerlas
Un instante en su cuello; se encamina
Al espejo y ajusta á su garganta
Aquella rica joya que la encanta.

Repentino empujón abre la puerta,
Y Bobadilla, que ni ve, ni atiende
Sino al reclamo de la esposa muerta
Que le grita: — « ¡Mis perlas! » — loco emprende
Á Cecilia arrancarlas. Ella acierta
Á escapar y por ver si se defiende
De su furor, se oculta tras la cama
Y en balbuciente voz: — « ¡Perdón! » — exclama.

Don Bonifacio ciego, enfurecido,
En pos de la infeliz mujer se lanza;
— « Devuelve á Lola su collar querido, » —
Grita; al hilo de perlas se abalanza;
Por la parte de atrás lo tiene asido
Y desplegando toda la pujanza
Que puede dar de sí su férrea mano,
Lo retuerce y la ahorca el inhumano.

Con sangre fría atroz el abogado
En pie cerca del lecho permanece
Donde Cecilia, — el rostro amoratado —
Yace sin vida. Súbita aparece
La gente de la casa, y avisado
Un alcalde, en la alcoba comparece;
Comienza á levantar allí el proceso
Y á Bobadilla intima se dé preso.

Al momento por todo el vecindario
Se esparce la gravísima noticia.
Por ver salir al reo, grande y vario
Concurso se aglomera. La justicia
Conduce al abogado. El lapidario
Que arregló la soguilla con pericia
Estaba allí, mezclado entre la gente,
Aguardando, cual todos, impaciente.

Bobadilla salió frío y sereno
Y arrojó una mirada desdeñosa
Sobre el concurso. Estaba muy ajeno
De ver entre la turba numerosa
Persona conocida; pero lleno
De espanto oyó esta voz: — « Mató á su esposa,
Como yo en otro tiempo le predije,
Con el collar de perlas; se lo dije. » —

Buscó Don Bonifacio con terror
Á aquel que profería esa sentencia
Y no le pudo ver. — « ¡ Pobre Señor! » —
Decía alguno de la concurrencia.
— « Tal vez muy pronto, — otro interlocutor
Contesta, — á la horca lo enviará la Audiencia;
Y ¡ ojalá sea luego! Sí, yo quiero
Ver bailar en la cuerda á un caballero. » —

Esos dichos villanos y soeces
No parece escuchar Don Bonifacio.
Obligado se encuentra muchas veces
Á detenerse; avanza muy despacio;
Pero al fin impaciéntanse los jueces,
Piden ocho dragones á Palacio,
Á la cárcel entre ellos se encamina
Y le encierran en honda bartolina.

PARTE VII

El que contrae empeño ó compromiso
Y de alguno deudor se constituye,
Que cumpla lo ofrecido es muy preciso.
Á la oferta faltar, no sólo arguye
Ligereza; pues siempre al que remiso
Satisfacer su obligación rehuye,
Le juzgarán de pundonor escaso,
Si no se esfuerza por salir del paso.

Esa es la ley común por dondequiera;
Pero en mi tierra se usa de otro modo.
Faltar aquí á una oferta, es friolera;
Con decir « lo olvidé » se dijo todo.
Se da una cita; rabia quien espera;
Llega uno tarde; mas la lluvia, el lodo,
El sol, si de día es, ó bien lo oscuro
De la noche, le sacan del apuro.

Yo que rabio por ser, (¡ fatal manía !)
Hombre de aquellos que se usaban antes,
Por nada de este mundo faltaría
Á una promesa. Cuento los instantes
En mi reló que faltan todavía
Para la hora precisa, y con los guantes
Calados ya, me pongo mi sombrero
Y el retintín de la campana espero.

Verdad es que, ó me atrapa un conocido,
Ó advierto acaso que olvidé el pañuelo,
Y me detengo ó vuelvo, y ya he perdido
Media hora ó más ; pero á la cita vuelo;
Llego corriendo ; me dispensen pido
Si hice aguardar ; pero me quedo lelo
Y pronto mi aflicción se desvanece...
Catorce somos : sólo faltan trece.

En fin, yo cumplo siempre que prometo;
Menos cuando no puedo en lo absoluto.
¡ Ay ! ¡ Cuántas veces al afán inquieto
De la pasión — embravecido bruto —
Prometí poner freno, si en aprieto
Terrible llegué á verme, y negro luto
Cubrió mi corazón ! Mas la promesa,
Pasado el susto, se volvió pavesa.

Mas hoy para cumplir no tengo obstáculo
El que contraje compromiso explícito
En tono sentencioso, cual de oráculo,
Cuando yo os prometí seguir solícito
Al héroe de esta historia, que al pináculo
De la humana desgracia (si me es lícito
Así expresarme) se encumbró misérrimo,
Llevado allá por su destino acérrimo.

Cuando solo quedó consigo mismo,
Bobadilla bajó de su conciencia
Á sondear el tenebroso abismo.
De su extraña y dramática existencia
Las peripecias, en su eclecticismo,
Atribuía sólo á la influencia
(Insistiendo en su loca teoría)
De otro ser que en su ser se confundía.

Así, cuando el severo magistrado
De su horroroso crimen le hizo cargo,
Confesólo tranquilo, y muy calmado,
En un discurso alambicado y largo,
Atribuyó el diabólico atentado
Al alma de Dolores. En amargo
Llanto rompió cuando hubo concluído;
Mas sin manifestarse arrepentido.

Estaba el pobre juez harto perplejo,
Viendo que en lo demás de sano juicio
Muestras seguras daba. Aunque ya viejo
Y muy ejercitado en el oficio,
Era hombre de poquísimo consejo;
No distinguía la virtud del vicio,
Ni conocía bien á las pasiones
Que agitan los humanos corazones.

Bajo la mano del jurisconsulto,
Crecía más y más aquel proceso.
Mal juzgaría quien, al ver el bulto,
Creyese que algo había; nada de eso.
No es el juez más perfecto el que el oculto
Crimen por descubrir se rompe el seso
Acumulando datos sobre datos
Para que no haya nada entre dos platos.

Quien con filosofía y buen criterio,
Conocedor de la comedia humana,
Entre la negra sombra y el misterio
Sigue la pista al crimen; no se afana
Por embarrar papel; su ministerio
No hace consistir en una vana
Ostentación de actividad y ciencia;
Mejor que en el papel, lee en la conciencia.

Al juez laborioso no censuro;
Al que dura fatiga no perdona
Por cumplir su deber, íntegro y puro,
Gustoso le daría una corona.
Hablo de quien lo claro vuelve oscuro
Con las mil sutilezas que amontona;
Gastando en la más simple fruslería
Tinta, papel y plumas á porfía.

Consultó el magistrado cien autores,
En latín y en romance; pero poco
Los tratadistas y comentadores
Le alumbraron. Si el reo estaba loco
Ó en su juicio, no halló en los glosadores
Y ni en el texto de la ley tampoco;
Mas en la duda si era ó no demente,
Le trasladó á otra pieza más decente.

Lleváronle sus libros; permitieron
Recibiese también, de cuando en cuando,
Á los amigos que á buscarle fueron.
Los días, ó leyendo ó meditando
Bobadilla pasaba, y advirtieron
Que más y más se estaba rematando;
Aferrado en su tema con empeño,
Comiendo poco y sin probar el sueño.

Hablaba de fantasmas y visiones
O de coronas de amaranto y rosas
Y collares de perlas. Contorsiones
Hacía algunas veces horrorosas;
Pero pronto cambiaban sus acciones
Y parecían cuerdas y juiciosas.
Toma un día un carbón, al muro llega
Y escribe esta sentencia en lengua griega:

Oi pleiones kakoi ! « La humana raza,
Significa, es perversa y corrompida
Casi toda. » Y exclama : — « Me amenaza
La muerte ; ¿ qué me importa ? Nuestra vida
Es una tela de muy mala hilaza,
De crimen y desdicha entretejida.
La humanidad es mala, dijo Bias, (1)
Casi toda ; tal era allá en sus días.

Si hoy viviera, dejara su aforismo
Sin el casi, más cierto y más sencillo.
Mientras más lo medito, más me abismo.
¡ Ay ! ¡ Es el hombre *un desdichado pillo!*
Con razón envió Dios un cataclismo
Para acabar con él; me maravillo
De que hubiese dejado la simiente
De tan dañina especie el omnisciente. » —

Que el hombre es *un bribón desventurado*,
¿ No es Byron quien lo dice? ¡ Cabalito !
¿ Si habría por ventura tropezado
El noble Lord con este manuscrito
Que yo juzgué de todos ignorado?
El dicho aquel le pareció bonito,
Y al leerlo quizá dijo en su idioma
« *I strike in with that*, » y se lo toma.

Bobadilla así habló, como insensato,
Desconociendo la bondad divina
Que perdonar determinó el reato
Del hombre, y le salvó de muerte y ruina.
Quien contra su hacedor se vuelve ingrato
Y con la culpa su alma contamina,
— De libertad dotado y de albedrío, —
¿ Por qué al Supremo Autor acusa impío ?

Ya se vé, estaba el pobre con berrinche,
Viendo que se pasaban las semanas
Y los meses también, y el viejo chinche
Del magistrado en diligencias vanas
El tiempo malgastaba. Del bochinche
Que en su alma se armó y de las insanas
Cosas que dijo tal la causa fuera.
¿Á quién un torpe juez no desespera?

Si en semejante lance yo me hallara,
No ya en idioma griego, sino en chino
Al universo entero improperara,
Acusando al tiránico destino.
¿Qué mucho que nuestro hombre se exaltara
Y desatino sobre desatino
Hilvanando en su mente osada y loca,
Los vomitase luego por la boca?

Dejó crecer la barba y el cabello;
El vestido exterior hecho jirones
Caía por doquiera; de su cuello
Faltaba la *mascada;* (2) los calzones,
Del terciopelo carmesí más bello,
Manchados por enormes lamparones;
Rompidas la camisa y la casaca,
Su espalda dejan ver desnuda y flaca.

Una tarde; — los codos en la mesa
Y la frente en las manos, — el letrado
Medita con afán, como quien pesa
Algún proyecto grande y muy osado.
Se abre la puerta, y mira con sorpresa
Entrar al carcelero, acompañado
De un conocido nuestro, del platero
Que compuso las perlas: — « Caballero, »

Dice al entrar, « no extrañe mi visita ;
Una vez en las cosas de mi oficio
Me ocupó Usted ; si de algo necesita,
Me gustaría hacerle algún servicio.
Su estado actual la compasión excita
De cualquiera. No habría sacrificio
Que yo no hiciera por que de este apuro
Saliese Usted cuanto antes ; se lo juro. »

Suspira Bobadilla, y levantando
La cabeza respóndele : — « Maestro,
El corazón de Usted es bueno y blando ;
Mas nada puede. Un juèz muy poco diestro
Mi causa más y más vá prolongando.
El resultado habrá de ser siniestro,
No me hago ya ilusión sobre la suerte
Que me espera, y aguardo ya la muerte. » —

Embebecido en tanto el carcelero
Ve con curiosidad el texto griego
Que escribió Bobadilla. El majadero
Contemplándolo está ; (comiendo lego
Por supuesto ;) y no advierte que el platero
Dice á Don Bonifacio : — « Pondré en juego
Toda mi astucia, y llámenme *guanaco*, (3)
Si dentro de ocho días no lo saco. » —

Se fué Ño Candelario. Una propina
Muy regular dió al Argos medio mudo ;
Dijo que volvería ; ¿ quién declina
Tal argumento ? Rehusar no pudo
El carcelero, que creyó una mina
Encontraría en el platero agudo.
Ofrecióle tener la puerta franca,
Sin cerrojos, sin llaves y sin tranca.

Benévolo lector, lector prudente,
Yo que, contando con tu *cholla* (4) eterna,
Te hago seguir los pasos á un demente
Ya por el cementerio y la taberna,
Ya en la cárcel; haciendo que paciente
Me sigas en mi historia sempiterna,
Voy ahora á llevarte á un pobre rancho
De seis varas de largo y cuatro de ancho.

Es sala y es alcoba y es cocina.
En un rincón está la pobre cama;
Amarillenta, triste y mortecina
Por intervalos del fogón la llama
Se esparce en derredor y la mezquina
Habitación alumbra. El viento brama,
Entra por infinitas hendeduras
Y amenaza dejar la pieza á oscuras.

Una mujer anciana está encorvada
Sobre el fuego y solícita lo atiza;
Está su frente seca y arrugada;
El pelo, del color de la ceniza,
Cae sobre la espalda descarnada;
Se ve que pertenece á la mestiza
Raza de negro y de indio, y en su enjuta
Cara, muy bien se nota que es astuta.

Tiene fama sentada de hechicera
Y es adivina ó maga por oficio;
Á costa de los tontos la embustera
Vive, y bien los explota su artificio.
Encuentra lo robado, y á cualquiera
El hechizo le saca, ó maleficio.
Bruja con sus ribetes de gitana,
¿Quién no sabe su nombre? Es la Tatuana.

Lo oímos muchas veces en la infancia,
Cuando rebelde se resiste el sueño
Á cerrar nuestros ojos. Con instancia
Pedimos algún cuento, y al empeño
Cede el aya ; la loca extravagancia
De la rara conseja su beleño
Derrama en nuestro párpado rendido :
Es la Tatuana quien nos ha dormido.

Tres golpes en la puerta con misterio
Se oyen sonar ; levántase la vieja,
Ábrela, y entra un hombre ; grave y serio
La saluda. El sombrero hasta la ceja
Y el embozo muy altó. Con imperio
Ella dice : — « descúbrase, » — y él deja
Caer la capa y quítase el sombrero.
Ya lo adivinaréis, es el platero.

Muestra al huésped un banco medio cojo
Y así que se ha sentado, ella en cuclillas
Se pone junto al fuego. De reojo
Ve al visitante, cuyas dos canillas
Chocan una con otra. (Pues qué ¿ es flojo
Eso de hablar con brujas ?) Dos astillas
De ocote enciende, porque ya perece
La lumbre, y le pregunta : — « ¿ qué se ofrece ? » —

— « Lo que yo quiero » — dícela el güegüecho,
— « Es que Usted con su mágica me ayude
Á sacar á un Señor del más estrecho
Apuro de este mundo. » — « No lo dude ;
Dígame Usted quién es, y satisfecho
Al punto quedará. Todo el que acude
Á pedirme un favor, bien despachado
Sale, si paga justo y al contado. » —

Expone el otro el caso. Temerario,
De la cárcel sacar pretende al preso,
Y ofrece buena paga en numerario.
Ella alega razones de gran peso
Que estorban el proyecto. Candelario
Dobla la oferta; pero ni por eso
Ella cede; él aumenta; cuatriplica
La cantidad y jura hacerla rica.

Conviene al fin; cien pesos la jarana
Costará á Bobadilla; y como pide
Adelantado, entrégale á la anciana
Á cuenta, veinticinco, y se despide.
Ella le dice: — « Que desde mañana
El que se ha de escapar procure y cuide
De aprender bien por el revés el Credo,
Y que por lo demás no tenga miedo. » —

Muy satisfecho se marchó el buen hombre.
¿ Quién podría sacar de su cabeza
Que la que usaba de hechicera el nombre
Era una estafadora? Gran proeza
Fuera el desengañarle. No os asombre;
Tal es nuestra ruin naturaleza
Que mientras más grosero es el engaño,
Damos más pronto en él, por nuestro daño.

Cuatro días después de aquella escena,
Candelario y la Tatuana de concierto,
Dirígense á la cárcel. Llueve y truena,
De nubes está el cielo bien cubierto.
Con esto, juzgan la ocasión muy buena
Y propia para dar un golpe cierto,
Sin peligro remoto de que falle;
Pues una alma no hay en plaza ó calle.

El carcelero abrió, mediante un peso
Que dió el platero, y á la redomada
Bribona dejó entrar á ver al preso,
So pretexto de ser antigua criada
Que le quería mucho. El muy camueso
Cuando los introdujo y bien cerrada
Dejó la puerta, se marchó contento
Á gastar su *pistillo* (5) en un momento.

Solos ya, la Tatuana se dirige
Con prontitud hacia Don Bonifacio,
Y le pregunta: — « Como yo lo dije,
¿ Ha repasado Usted bien y despacio
Por el revés el Credo? Esto se exige
Para romper las puertas y el espacio
De los aires salvar de un solo brinco;
Tan cierto como tres y dos son cinco. » —

« Ya lo sé, » — la contesta el abogado.
— « Dígalo, pues, en tanto yo recito
El conjuro. » — No sé qué trabucado
Embrollo pronunció muy por bajito
Bobadilla; y ve al punto que ha pintado
La bruja en la pared un buquecito
Con sus tres palos y latinas velas,
Igual á las antiguas carabelas.

— « ¿ Y eso qué significa? » — dice el hombre.
— « Ese es, Señor, el barco en que nos vamos; » —
Le contesta la bruja. — « No se asombre;
La noche viene; tiempo no perdamos;
Entre Usted. » — « ¡ Por el santo de mi nombre! » —
Dice Don Bonifacio. — « ¿ Chanceamos? » —
— « Hagamos lo que ordena, » — tembloroso
Dice el pobre platero muy medroso.

Pero sin dar más tiempo, la hechicera
Toma á Don Bonifacio por la nuca
Y lo encaja en el buque muy ligera.
El pobre se agazapa y acurruca
En la popa. Ya el otro más no espera
Y se mete también. Como una yuca
Está descolorido. La Tatuana
Se sitúa en la proa muy ufana.

Comienza ya á soplar ligero viento;
Despliéganse las velas del navío;
Empiézase á notar un movimiento
Como el de un barco que remonta un río.
Camina el buque; y en aquel momento
La puerta se abre.... ¡ el carcelero ! frío
Quédase al ver aquello, y medio muerto
Cae, dejándose el portón abierto.

El edificio todo se estremece
Y la ciudad entera; un terremoto
Con espantosas sacudidas mece
Las fábricas más firmes. Alboroto
Se ve por dondequiera, y sube y crece.
El muro de la cárcel cae roto;
Huyen los presos; júntase la tropa
Y el buquecito vuela, viento en popa. (6)

PARTE VIII

¿ Podréis, lectores, contener la risa,
Cuando os cuento, de veras y sin broma,
Que una hechicera, en una tapia lisa,
Un buque pinta y el portante toma
En él con dos ancianos? No precisa
Que creáis. Con su pan que se lo coma
Quien no lo trague. Yo sólo repito
Un hecho que encontré en mi manuscrito.

Un *sprit fort* dirá que por la puerta
Aquellos tres grandísimos tunantes
Se escaparían ; y podrá ser cierta
Esa opinión; pero á otros más chocantes
Hechos que aquel la entrada estuvo abierta
De algunos libros que se hacían antes.
En muy graves autores vi portentos
De hechicerías y de encantamentos.

Un doctor educado en los Colegios
Y que hace ahora ya dos siglos largos
Que escribió, da razón de sortilegios,
Brujerías y lances muy amargos
En que se vió ; sin que los privilegios
De su ciencia y carácter, ni sus cargos
Le salvasen de verse, por remate,
Hechizado en un bol de chocolate. (1)

El mismo curiosísimo cronista
Cuenta de tres ó cuatro indios bribones
Que él en Pinula vió, (¡ Dios nos asista !)
Convertidos en tigres y leones.
Esto, un siglo después de la conquista
Ocurría, y los viejos cronicones
De aquel tiempo encontré, cuál más, cuál menos,
De esas verídicas historias llenos.

¿ Qué mucho, pues, que el manuscrito viejo
De donde yo esta rara historia tomo,
Consigne lo del buque ? Muy perplejo
Me quedé al ver el sin igual aplomo
Con que refiere cuanto dicho dejo.
¿ Que es invención dirán ? Ni por asomo.
Para que nadie de embrollón me acuse,
Diré que ni una coma yo le puse.

Nuestro ilustrado siglo es tan sensato
Que engañarle no es fácil; muy bien pesa
Las cosas antes de creer; no es beato.
Le pasará que pueda alguna mesa
Con plantarle las manos un buen rato
Evocar los espíritus ; mas esa
Creencia en brujerías necia y rancia,
Sólo pasaba en tiempos de ignorancia.

Hoy se podrán creer del magnetismo
Animal los efectos sorprendentes.
Que en el estado de sonambulismo
Cuanto no le ha pasado por las mientes
Y de que no se da cuenta á sí mismo.
Diga algún pobre diablo; que presentes,
Pasadas y futuras cosas sepa,
Ha de entrar en la testa, aunque no quepa.

Ello es que el hombre ha de creer en algo.
Á pesar de los sabios alemanes,
¿Se va la Metafísica? No salgo
Garante de este aserto. De Titanes
Es para mí la empresa (y nada valgo
Para ella) de seguir en sus afanes
Á Hegel, Schelling y Kant; lo digo quedo
Pues de pasar por tonto tengo miedo.

El siglo es por demás racionalista
Y aun algo volteriano, según pienso.
No le engaña cualquier paralogista.
Él es verdad que acaso ha dado asenso
Á las teorías de un francés sofista
Que dijo en un tratado muy extenso:
« Dios es el mal; » y agrega, (ved si es bobo)
« ¿La propiedad qué es? No más que el robo. »

Así dijo Proudhón... pero ¡qué salto
Me ha hecho venir á dar mi mente inquieta!
Paréceme que es tiempo de hacer alto
Y dejar al filósofo profeta
Que dé á toda creencia fiero asalto,
Ya que ese innovador nada respeta.
Yo, lectores, os pido mil perdones
Por estas repetidas digresiones.

Dejamos, creo, á la ciudad temblando
Mientras la vieja bruja con el loco
Y el platero en los aires navegando
Iban, no lentamente y poco á poco,
Sino más que de prisa. Fué aumentando
La fuerza del temblor. Próximo el foco
De temible volcán, sacudimientos
Produce continuados y violentos.

Se desparrama el agua de la fuente,
Repican por sí solas las campanas,
Cantando el *Santo Dios* sale la gente
Á las calles y plazas. Muy ancianas
Personas aseguran formalmente,
Y citan á otras ya también con canas,
Que nunca hubo tan grande cataclismo.
Cuando tiemble otra vez, dirán lo mismo.

Desvanecida la impresión del susto
Que á los más bravos el temblor causara,
La información comienza, y es un gusto
El ver que cada cual, ¡fortuna rara!
Por milagro escapó; mas con disgusto
Se sabe (y es verdad) que á Diego Lara
Que acudió á la salida de los presos,
El muro roto le aplastó los sesos.

Estaba el buen Señor muy irritado
De su hija contra el bárbaro asesino;
Y cuando oyó « los presos se han fugado, »
Corrió á la cárcel ¡fuerza del destino!
Quedó bajo del muro sepultado.
Pero antes pudo ver en su camino,
Cruzando de la atmósfera el espacio,
El barco que salvó á Don Bonifacio.

La embarcación fué á dar á una finquita
Que junto á la ciudad tiene el platero,
Con árboles que dan fruta exquisita
Una parte; la otra es un potrero.
Dirígense los tres á la casita;
En ella el abogado con esmero
Se oculta, y se despide la Tatuana,
Que por su paga volverá mañana.

Hízose minuciosa indagatoria
Sobre la fuga; pero no se pudo
Saber lo cierto. Se contó la historia
De modos varios. Medio idiota y mudo
Quedó el alcaide; y falto de memoria
Con aquel golpe repentino y rudo,
Imposible le fué dar la noticia
De aquel suceso extraño á la justicia.

El juez pone sus sesos en tortura;
Hace salir corchetes y escribanos;
Lanza exhortos; las señas, la estatura,
Del reo dice; mas ¡trabajos vanos!
Nadie le da razón. Él asegura
Que á hallarle, no se escapa de sus manos
Otra vez; pero el caso es que se encuentre
Y que de nuevo en sus dominios entre.

Ocúrrele por fin poner aviso;
Dice así: « Bonifacio Bobadilla,
Reo de uxoricidio, (era preciso
Lo dijese en latín el buen golilla)
De su proceso ya aguardar no quiso
El resultado. Huyó con la gavilla
De los que estaban en la cárcel presos:
Á quien le entregue se darán *cien pesos.* »

Así dejó cubierto el expediente
Y no volvió á acordarse de tal reo.
Tomó entre manos á otro delincuente
Y continuó solícito en su empleo
De embadurnar papel. Dice la gente:
« ¡Qué juez tan sabio! Al colmo del deseo
La justicia administra. Una docena
Tomáramos como él. Es cosa buena. »

En tanto el desgraciado *uxoricida*,
(Como el juez le llamaba,) de fastidio
Abrumado, llevaba ya la vida
Como un fardo. La idea del suicidio
Brotó en su alma lánguida, abatida.
Prefería la muerte á aquel presidio
En que arrastraba triste la existencia,
Perdida ya la paz de la conciencia.

El bueno del platero, con empeño
Le cuidaba, y más de una tentativa
De suicidio evitó. — « No es Usted dueño
De su vida, le dice. Si se priva
De ella, no tendrá ni el más pequeño
Alivio su dolor. Aun más activa
Habrá de ser la pena en el infierno
Donde castiga Dios con fuego eterno. » —

La fé y el buen sentido de consuno
Á aquel pobre artesano le dictaban
Esas palabras. Cauto de uno en uno
Los objetos sustrajo que le daban
Á sospechar que acaso con alguno
De ellos, los proyectos que agitaban
Al abogado ejecutar podría:
¡Interesante y noble simpatía!

Fingió olvidar su idea el insensato
Y pareció tranquilo y aun contento.
Al interés manifestóse grato
Que el otro le mostraba. — « ¡ Cuánto siento,
Maestro, le decía, ese mal rato
Que le dí, despechado y violento !
Dice Usted bien, sufrir aquí es preciso
Para alcanzar después el paraíso. » —

Tenemos que volver al magistrado
Que comenzó el proceso, y en olvido,
Como he dicho, lo había ya dejado.
Una noche hojeaba entretenido
Otro expediente largo y enredado,
Y le avisan haberse aparecido
En la casa una anciana de repente,
Que dice trae asunto muy urgente.

Mándala introducir el juez severo,
Móntase en la nariz los anteojos,
Que se retire dícele al portero
Y sus sagaces, pequeñuelos ojos
Clava en la anciana, que le dice : — « Quiero
Dar un aviso á Usía ; dos patojos
Un soplo ayer me dieron importante ;
¿ Quiere Su Señoría echar el guante?... » —

— « ¿ Cómo se llama Usted ? » — con grave acento
Él interrumpe ; y ella, algo azorada
Contesta : — « Soy la Ta... » ; — pero al momento
Sobre sí vuelve y dice : — « Juana Estrada, » —
Y continúa: — « Dícenme que un ciento
De pesos es la gala señalada
Al que entregue á un mentado Bobadilla
Que á su mujer ahorcó con la soguilla.

Yo diré dónde está. » — Cuando esto escucha
El juez toma la pluma, y con misterio
La dice : — « Ya bien veo que de mucha
Importancia es el caso ; sí, muy serio.
Haga Usted, pues, la cruz. » — Como quien lucha
De obstáculo interior con el imperio
Ella está, y él pregunta : — « ¿ Con el preso
Le tocan generales? » — « ¿ Y qué es eso ? » —

Juana interrumpe; mas el juez no aguarda
Y escribe que no tocan generales
Con el reo á la vieja. Ella no tarda
En darle, con sus pelos y señales,
Razón del escondrijo donde guarda
El platero al pobre hombre. Los fatales
Cien pesos han tentado á la Tatuana;
Pues otra no era la supuesta Juana.

Es el siguiente día. Muy temprano
El magistrado pide un gran piquete
De tropa; viste toga, y vara en mano,
Con gravedad en su forlón se mete.
Lleva consigo solo á su escribano,
Á pie detrás del coche va un corchete,
El otro con la tropa va adelante
Y el carruaje camina algo distante.

Rodean los soldados el potrero
Con orden de que no salga ninguno;
El magistrado llega, y el primero
Pasa adelante. Piensa que oportuno
Es que también ingrese el compañero,
(Que, entre paréntesis, era un gran tuno
Y capaz de vender al mismo Cristo
Al escuchar el retintín del pisto.)

Llega á la casa. Mas ¡cuál es su enojo
Al hallar que cerrada está por dentro
Con aldaba, con tranca y con cerrojo!
— « Abran, grita, ó doy fuego á cuanto encuentro. » —
Nadie responde. Va y aplica el ojo
Del agujero de la llave al centro;
Parece que la casa está desierta:
— « Pues vamos, dice, á derribar la puerta. » —

Aplican los pesados instrumentos
Y cruje la muy sólida madera.
La puerta resistió algunos momentos
Y al fin á tierra vino toda entera
Bajo los golpes rudos y violentos.
Precipítanse todos.... pero afuera
Sale otra vez el grupo tumultuoso,
Que ha visto un espectáculo horroroso.

Está balanceándose del techo
Ahorcado un hombre. Derribó una silla
En que subió. Se advierte que del lecho
Con las sábanas hizo una soguilla
Delgada pero fuerte. Sobre el pecho
Tiene un papel que dice : BOBADILLA
ACABA AQUÍ SU VIDA BORRASCOSA,
DEL MISMO MAL DE QUE MURIÓ SU ESPOSA.

Mientras le miran con horror profundo,
Llega el pobre platero apresurado;
Ve aquello y llora; él solo en este mundo
Da una lágrima á aquel desventurado.
En arbitrios jurídicos fecundo,
Dícele muy severo el magistrado :
— « Usted es cómplice de su delito;
Pase; llevar á alguno necesito. » —

El infeliz quedó, en efecto, preso.
Cómplice del delito de suicidio
Se dijo ser ; y concluyó el proceso
Con sentencia á diez años de presidio.
Cinco tan sólo estuvo; y al exceso
Del trabajo incesante, ó al fastidio
Sucumbió á la mitad de su condena,
Del criminal atado á la cadena.

Y concluyo, lectores. Necia y vana
Pretensión fuera haceros reflexiones
Al terminar. ¿Qué fué de la Tatuana?
Vive en las populares tradiciones
Y vivirá quizá en la más lejana
De las que han de venir generaciones.
¿Será que la verdad se desvanece
Y la mentira sola no perece?

Los demás personajes de esta historia
Cubiertos con el velo del olvido,
No dejaron siquiera una memoria,
Cual si jamás hubiesen existido.
Terminada su vida transitoria,
Sus nombres y sus hechos han sufrido
La ley tirana de que no se eximen
Ni la excelsa virtud ni el negro crimen.

FIN DE DON BONIFACIO.

J. ANTONIO MU...
OCT 2 2 1898
CHIANTLA.

Véase *Cuadros de costumbres*,
5° tomo de las Obras completas de don José Milla.

NOTAS DE LA PARTE I.

(1)

(Pág. 355.) — En el claustro ingresó de la *Conspicua*.

Alude este verso á la leyenda del escudo de armas de la Universidad de San Carlos de Guatemala: *Inter cœteras orbis Conspicua Carolina Guatimalensis Academia.* — Lo que se dice en el tercer pie de la misma estrofa, de haber obtenido Don Bonifacio sus grados de Doctor

No á fuerza de propina y de pañuelo,

hace relación á los pañuelos que, en el acto so emne de la recepción de la borla, da el nuevo Doctor, junto con la propina, á cada uno de los individuos que componen el Claustro.

---

(2)

(Pág. 356.) — Viejo *chucho*, mordaz, chismoso y flaco.

Como sinónimo de perro, la palabra *chucho* es un provincialismo que se encuentra ya en alguno de los Diccionarios de la lengua. En el sentido que se le da en el verso anotado, se usa en el lenguaje familiar en Guatemala, como equivalente de tacaño, mezquino y codicioso.

---

(3)

(Pág. 358.) — Que en mí, en el cuerpo del pintor Timanthes.

Pintor griego, natural de Cithnos, ó de Sicion, contemporáneo y rival de Parrashio. Vivió en el siglo IV antes de Jesucristo.

---

(4)

(Pág. 360.) — El Arana en Araña convertido.

Como es sabido, es común en las cárceles designarse los reos unos á otros con apodos bajo los cuales llegan á ser más conocidos que por sus apellidos mismos. El de Arana puede convertirse fácilmente en Araña, que se supone haberse dado al mozo á quien hizo poner preso Don Bonifacio.

---

(5)

(Pág. 560.) — Ya la gran *guacaluda* preparada.

Guacaluda. Espada de *guacal*, que en el lenguaje provincial de Guatemala denota una especie de taza formada por la corteza de la fruta del jícaro, dividida por mitad. La *guacaluda*, ó espada de *guacal*, es la que lleva como defensa en la guarnición una taza de hierro de la misma forma que el mencionado trasto,

---

NOTAS DE LA PARTE II

(1)

(Pág. 365.) — Por lo cual hubo mucha *peladera*.

En el lenguaje familiar en Guatemala el verbo *pelar* se usa como sinónimo de murmurar.

(2)

(Pág. 365.) — Ya no podrá comer ni una *tortilla.*

La tortilla de maíz que come generalmente el pueblo, y aun las personas acomodadas en Guatemala. Para indicar que alguno carece hasta de lo más preciso para la vida, suele decirse que no tiene para comprar una *tortilla.*

(3)

(Pág. 365.) — Lavativas de miel de *rapadura.*

En Guatemala se da el nombre de rapadura á lo que en otras partes de América se conoce con el de *panela* y *chancaca.*

(4)

(Pág. 369.) —Se acerca á una *pantalla...*

La palabra *pantalla*, tomada en el sentido de un espejo grande de forma antigua y con marco de vidrio azogado, es muy usual en Guatemala; pero no tiene esa acepción en los Diccionarios de la lengua. Denota únicamente, en su sentido propio, un aparato que se coloca delante de la luz ó el fuego para que no ofenda la vista; y en el figurado, la persona ó cosa que se coloca delante de otra y le estorba.

NOTAS DE LA PARTE III.

(1)

(Pág. 374.) — Que el infeliz letrado estaba *bolo.*

Bolo; equivalente á borracho, beodo, en el lenguaje familiar de Guatemala.

(2)

(Pág. 376.) — Ni dejó de salir en la *Gazeta.*

La primera *Gaceta* que hubo en Guatemala comenzó á salir á luz el año de 1729, y continuó publicándose hasta fines de 1731, época en que se supone haber ocurrido los sucesos que en esta Leyenda se refieren.

(3)

(Pág. 378.) — *Niña* Serapia, un viejo múy machucho...

Llaman familiarmente *niño* ó *niña* en Guatemala, no solamente á las personas de menos de siete años de edad, como debiera ser, usando ese adjetivo en su rigurosa acepción; sino á jóvenes y aun á personas ancianas. La palabra *niño* se usa en esos casos como expresión de respeto ó de afecto.

(4)

(Pág. 378.) — Lola, qué *¡caballada!* Siento mucho....

Caballada. Se dice vulgarmente en Guatemala de una brutalidad ó acción mal hecha, y aun de palabras impropias ú obscenas. Así, se suele decir que fulano habla *caballadas;* y tratándose de hechos que causan disgusto, se dice comunmente, como se supone en el verso citado, ¡ qué *caballada!*

(5)

(Pág. 381.) — *¿Quis est tam vecors....*

Cic. *de Harusp.* resp. 9.

(6)

(Pág. 383.) — Con el chapín de raso y el *palillo*.

Llamábase *palillo* á un tacón de madera que llevaba el zapato ó chapín de las señoras. En ningún Diccionario de los que yo he podido consultar se encuentra la palabra *palillo* usada en esá acepción.

(7)

(Pág. 384.) — Y un poeta ramplón, *chucán* de oficio....

Chucán es voz provincial, muy usada en el estilo familiar en Guatemala, como sinónima de bufón, truhan.

NOTAS DE LA PARTE IV.

(1)

(Pág. 391.) — El escéptico Duque lo envilece....

El Duque de la Rochefoucault moralista, á quien se alude en esta estrofa y en el final de la precedente, es el autor de la máxima : « Hay en los celos más amor propio que amor. »

(2)

(Pág. 396.) — Con el apéndice de un gran *güegüecho*.

Se llama así una enfermedad en la garganta, muy común en Guatemala y en otras partes de América, donde se designa con diferentes nombres. Es lo que el Diccionario de la lengua designa con el nombre de *bocio*.

(3)

(Pág. 396.) — *Ño* Candelario....

Se usa en Guatemala familiarmente anteponer *ño* y *ña* á los nombres propios de las gentes del pueblo, como síncopa ó abreviatura de señor y señora.

NOTAS DE LA PARTE V

(1)

(Pág. 403.) — Un individuo muere por segundo....

Es el término medio de los cálculos que hacen á este respecto algunos autores que han escrito sobre Estadística.

NOTAS DE LA PARTE VII

(1)

(Pág. 425.) — La humanidad es mala, dijo Bias....

Se atribuye á Bias, uno de los siete sabios de Grecia, la sentencia con la cual comienza esta estrofa : « La humanidad es mala en su mayor parte. »

(2)

(Pág. 426.) — Faltaba la *mascada*....

Lo mismo que corbata. En esa acepción se usó en un tiempo en Guatemala esa voz, á la cual el Diccionario de la lengua da muy diferente significado.

(3)

(Pág. 427.) — Toda mi astucia, y llámenme *guanaco*.

Se designa con este nombre en Guatemala á los hijos de las antiguas provincias [hoy Estados] de la América Central. Entre personas de la clase á que se supone pertenecer el platero de la Leyenda, *guanaco* significa también bobo, ignorante; y en ese sentido está usada la palabra.

(4)

(Pág. 428.) — Yo que, contando con tu *cholla* eterna....

Dícese comunmente en Guatemala *cholla*, en vez de pereza, pachorra, pesadez. No tiene esa acepción en el Diccionario de la lengua.

(5)

(Pág. 431.) — Á gastar su *pistillo* en un momento.

Pistillo, diminutivo de *pisto;* que significa lo mismo que dinero en el lenguaje familiar en Guatemala.

(6)

(Pág. 432.) — Y el buquecito vuela viento en popa.

Hay una tradición popular en Guatemala que supone haberse escapado la bruja conocida con el nombre de la Tatuana, de los calabozos de la Inquisición, embarcándose en un buquecito que dibujó con carbón en la pared.

NOTAS DE LA PARTE VIII.

(1)

(Pág. 433.) — Hechizado en un bol de chocolate.

Se alude en esta y en la siguiente estrofa al Padre Tomas Gage, religioso dominico inglés que vino de España á México y á Guatemala y escribió la relación de sus viajes; obra curiosísima y llena de anécdotas del género de esas á que se hace referencia en la octava anotada y en la que sigue. Se han hecho varias ediciones de la traducción castellana de esta obra, y la última creo es la de París, 1838.

FIN DE LAS NOTAS.